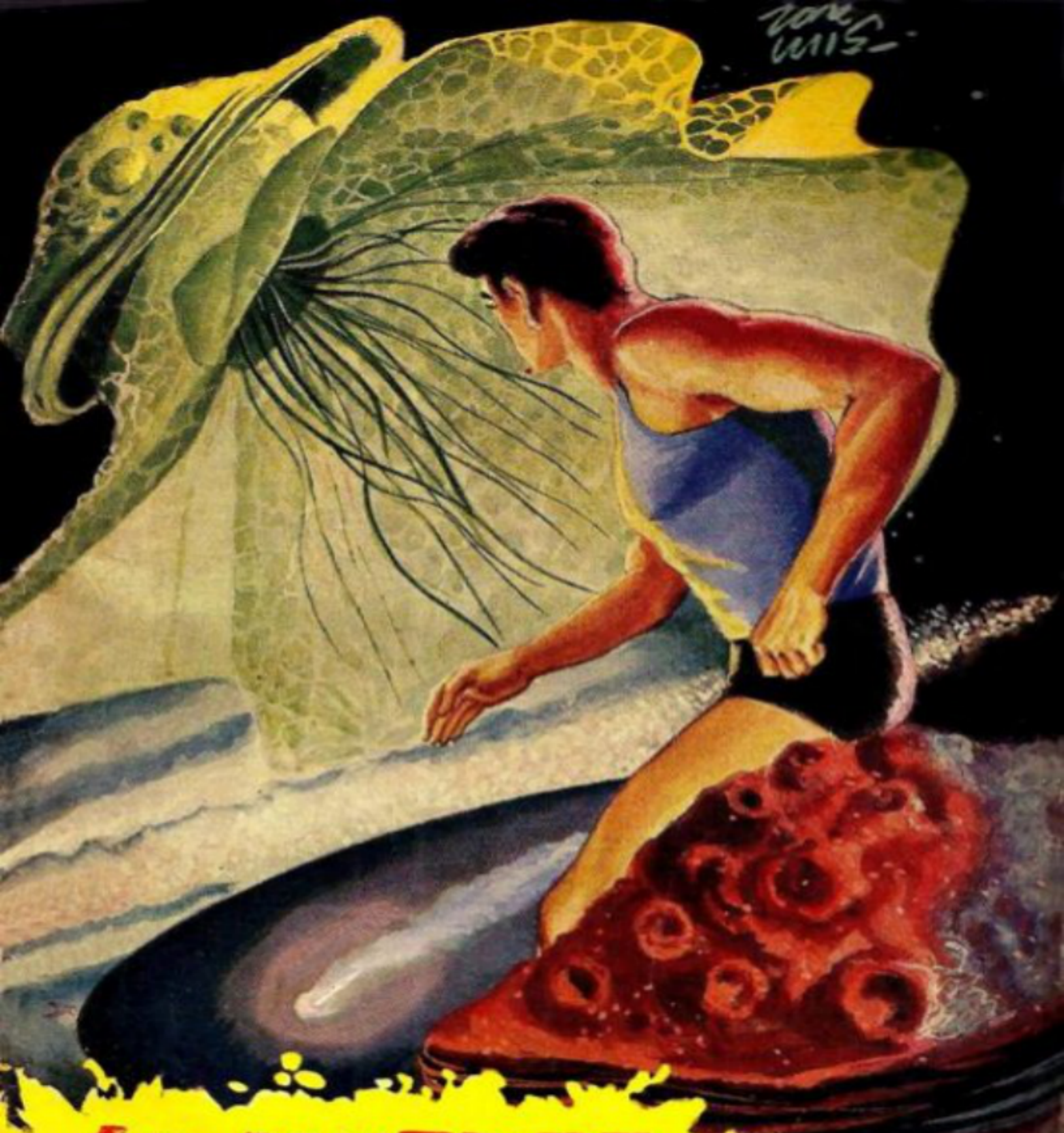

LA MUERTE FLOTA en el VACÍO
C. AUBREY RICE.
Colección
CHADORES
DEL ESPACIO



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

LA MUERTE RONDA

CUANDO la pantalla del televisor se apagó de improviso, justamente cuando el segundo proyectil se deshizo en el vacío, George Prone, sobresaltado al comprobar que la aguja del velocímetro, para colmo de males, empezaba a retroceder, exclamó:

— ¡La velocidad está disminuyendo!

Y con ansia incontenible, dirigiéndose al hombre que había sentado a su lado, en el puente de mando de la astronave, cogiéndose con la mano el tubo de oxígeno, agregó:

—¡Por favor, eche un vistazo a la aguja y dígame que estoy en un error, Diaper!

Pero el joven ingeniero, por desgracia, no había sufrido equivocación alguna.

En aquel preciso instante comunicaron de los compartimientos correspondientes que los reactores y la televisión no funcionaban, y Trevor Diaper, vestido con un equipo completo de astronauta, como su compañero, no tuvo necesidad de moverse de donde estaba para saber que este había dicho toda la verdad del mundo.

Por inexplicable que fuera, ya que el fuselaje del «Powerful» no había sido alcanzado aún por los extraños proyectiles que les lanzaba la nave que les atacaba, aquellos tres súbitos hechos se unieron para confundir a los ingenieros más de lo que estaban.

Doblándose hasta partirse, un tercer proyectil alargado, idéntico a los que les venían disparando desde un artefacto cuyo diseño recordaba el de los platillos volantes, se abrió como una verdosa flor en el seno del vacío, y luego, tras adquirir el aspecto de una gran esfera de cristal transparente, si bien con irisaciones azuladas, se bamboleó como con amenazadora indecisión y estalló en silencio, por último, muy cerca de la popa de la astronave.

—¡Voy a avisar al príncipe! —gritó Prone al verlo.

Y se puso en pie como empujado por un muelle.

Trevor Diaper, más dueño de sí mismo, le agarró por un brazo y le detuvo.

—No se precipite —dijo con asombrosa tranquilidad la voz que salió de debajo de la mascarilla en que terminaba el tubo dé! oxígeno—. Su Alteza duerme y no debemos molestarle.

George Prone le miró a través de los grandes vidrios cuadrados de sus gafas.

— ¡¿Molestarle?! —replicó perplejo—. ¡Molestarle, dice usted, y

nos van a dar alcance de un momento a otro! Si ya sólo nos desplazamos gracias a la inercia.

Diaper, levantando la cabeza para mirarle también, volvió a tomar la palabra:

—El príncipe no puede arreglar la avería de los reactores, Prone, compréndalo. Para eso estamos nosotros. Además —añadió apresuradamente—, el peligro que él corre en su cámara es el mismo que el que corremos nosotros o cualquier otro miembro de la tripulación: Si alguno de esos proyectiles nos acertara...

Soltó suavemente el brazo de Prone y, clavando la vista en el punteado de estrellas del firmamento infinito, terminó:

—Más vale que el príncipe esté dormido.

—¿Dormido?

—Sí —asintió Trevor Diaper, contemplando pasmado cómo otro proyectil se diluía en el exterior de la astronave—. Dormido. Pasará del ser al no ser sin darse cuenta.

George Prone, irguiéndose en toda su elevada estatura, pareció hacer ademán de marcharse; pero debió pensárselo mejor, porque se dejó caer en su mullida butaca, murmurando mientras se abrochaba el cinturón de seguridad:

— ¡Ojalá esté dormido! Después de haber sido él el que ha financiado la construcción del «Powerful», nuestro sueño de toda la vida, bien merece que la muerte no le sea cruel. Pasar del sueño a la muerte —filosofó— debe ser algo así como seguir durmiendo

La serena voz de Diaper, que se había puesto en comunicación radiofónica con el compartimiento de reactores, le volvió a la realidad.

—Oiga, Grudge —decía' el ingeniero por el micrófono—, ¿han localizado ya la avería?

—No hay tal avería, míster Diaper —contestó Grudge, evidentemente desolado—. La puesta a punto es perfecta y no nos explicarnos lo que puede haber sucedido.

No obstante, aventurándose a. dar una explicación a lo inexplicable, Grudge, experto técnico en materias nucleares, no bien hubo informado de una serie de detalles acerca de lo ocurrido, más preguntando que afirmando, dijo con meditabundo acento:

—¿Derivación de la energía radiactiva?

Mas como Trevor Diaper estaba muy lejos de poder aclararle al

técnico su duda, dejándole con la palabra en la boca, carraspeó azorado, cortó la comunicación y se puso a pedir explicaciones a los de la TV.

Cada rato más próximos al fuselaje del indefenso «Powerful», cuya velocidad disminuía más y más, los proyectiles de la nave atacante continuaban estallando sin descanso.

—¿Tardarán mucho a alcanzarnos? —musitó Prone, haciendo pesimistas cábalas al ver que la aguja del velocímetro seguía retrocediendo de manera alarmante.

Diaper no le contesto. Había cogido unos potentes prismáticos y estaba observando con ellos las evoluciones del platillo que de tan rara forma les atacaba.

Abstraído, mientras Prone se ponía en comunicación con el compartimiento de radio —donde reiteraron que los tripulantes de la nave no respondían a las constantes llamadas que les dirigían—, Trevor Diaper permaneció cinco largos minutos.

—¿Sabe lo que le digo? —habló, por fin, de repente, sin quitarse los prismáticos de delante de los cristales de las gafas—. Que no tienen intención de desintegrarnos.

Justamente cuando otros dos proyectiles nuevos se abrían en el intenso azul, George Prone, aun a sabiendas de que se iba a perder el maravilloso y terrible espectáculo de la formación de las consiguientes esferas transparentes, apartó los ojos del vacío y los posó, esperanzado, en Diaper.

Y éste, como desgranando las palabras, fue diciéndole despacito, como si tratara de ganar tiempo y ver lo que acontecía en el éter antes de que él expusiera su idea del todo:

—Si no fuera porque usted podría tomarlo como una broma de mal gusto, dadas las circunstancias, aseguraría que las intenciones que mueven a los silenciosos tripulantes de esa nave son las de capturarnos vivos.

Prone dio un respingo que, de no haber sido porque estaba sujeto con el cinturón, seguramente le habría sacado fuera del asiento que ocupaba.

— ¡Cogernos vivos! —farfulló. Y llevándose sus enguantadas manazas a la cabeza, quiso saber a continuación—.: ¡¿Para qué pueden desear semejante cosa esos..., esos.,.?!

Y se interrumpió.

La realidad era que no sabía qué llamar a los que tripulaban el platillo volante. En rigor, ni por aproximación conocían de dónde procederían.

En una fracción de segundo, mientras buscaba el calificativo adecuado, en el cerebro del ingeniero bailaron las ideas de que tanto podían ser hombres de carne y hueso como monstruosos habitantes de un Planeta que no fuera la Tierra.

—Ya comprenderá usted —se encogió de hombros Diaper, dubitativo— que ignoro los motivos que les impulsan a querer hacernos prisioneros. Aunque claro está, sospecho que no ha de ser para nada bueno. Lo que le he dicho, no es más que una impresión vaga, similar a la de que ese artefacto lo han fabricado en la Tierra, con lo que usted se mostró conforme hace poco. Ahora tengo el presentimiento de que esos intranquilizadores tiros no nos. los disparan sin ton ni son, sino que lo hacen de acuerdo con un plan concienzudamente elaborado y perfectamente definido.

— ¡Para capturarnos! —repuso George Prone, nervioso ante tanto circunloquio, sin molestarse en ocultar su incredulidad—. Explíquese, se lo ruego. Le juro que estoy sobre ascuas.

El ingeniero, sin perder la' calma, pese a que un nuevo proyectil estuvo en un tris de tocar el fuselaje del «Powerful», colocó los prismáticos en su sitio y principió a declarar la hipótesis que había forjado en vista de la aparentemente detestable puntería de los misteriosos e incógnitos agresores.

—No puedo creer que estén realizando ejercicios de tiro —dijo con absoluta seriedad—. Por lo tanto, puesto que coincidiendo con la aparición de las esferas se nos han inutilizado los reactores y los televisores de todos los compartimientos y cámaras, no resulta descabellado suponer que existe un notable porcentaje de probabilidades a favor de que ellas sean las culpables, digámoslo así, de lo sucedido.

—Puede ser mera casualidad —refutó Prone, haciendo con una mano un gesto para evidenciar su disconformidad.

—Naturalmente —profirió Diaper—:. Sin embargo, en mi opinión, la finalidad de las esferas es la de hacer lo que han hecho.

—Si a eso vamos —adujo Prone—, también podemos achacarlas lo de, la disminución de la velocidad.

—Y tanto —saltó Trevor Diaper, mirando de hito en hito a su

interlocutor—. La anulación de los reactores y la reducción de la velocidad están tan íntimamente unidas, que la segunda no es más que el efecto causado por la primera.

—Así es —arguyó de mala gana George Prone—. No sé cómo no me he dado cuenta de que al inutilizarse los reactores, la aceleración, sin remedio, ha de tender a disminuir. Pero yo no me refería a eso, que en cuanto a las posibilidades de las dichosas esferas no tengo nada que decir, sino a lo fantástico que resulta su presentimiento de que intentan cogernos vivos.

—Supongamos por un momento —replicó Diaper, cogiendo nuevamente los prismáticos con sus manos enguantadas—— que esos proyectiles, después de partirse en el vacío, al formar las esferas originen un campo de atracción radiactiva artificial.

—¿Algo así como un gigantesco electroimán? —parpadeó Prone, haciendo verdaderos esfuerzos para descubrir a qué parte querría ir a parar su compañero.

—Usted lo ha dicho —movió éste afirmativamente la cabeza ——. Algo así como un gigantesco electroimán. Y puestos ya en el terreno de las conjeturas, podemos tranquilizarnos al sacar la conclusión de que esos proyectiles no sirven para desintegrar sino para robar energía. Y de aquí a imaginar que en cuanto estemos parados van a proceder a abordarnos los tripulantes del platillo, no hay más que un paso.

George Prone no dijo esta boca es mía. En lugar de hablar tomó los prismáticos que tenía junto a él, al lado del velocímetro, cuya aguja, de seguir así, no tardaría en ponerse a señalar el cero de la escala graduada sobre la cual se movía, y miró detenidamente una de aquellas esferas.

Era enorme, mucho mayor que el «Powerful», incomparablemente más grande que él. Su superficie externa, aun en los lugares donde tenía irisaciones azuladas, reflejos del firmamento, sin duda daba la sensación de estar húmeda, causa por la que resultaba extraño no verla gotear, rezumar, mejor, el inconcebible líquido que la mojaba.

No se estaba quieta nunca. Oscilaba de continuo como si temblara levemente, y en este bamboleo había algo indefinible, algo nunca visto, que causaba un extraño malestar inexplicable.

Parecía como si al mirarla se sintiera el observador atraído por

un pavoroso abismo, fondo del cual fuesen los destellos azulados de la exactamente geométrica superficie exterior, o como si el vértigo le produjese un pánico irreprimible.

Sin embargo, disipada aquella especie de burbuja en el éter que la rodeaba, todo volvía a quedarse con la imponente y majestuosa serenidad de las alturas del cielo.

—Puede que lleve usted razón, Diaper —dijo Prone, depositando al hablar los prismáticos donde los había cogido—. Puede que se creen campos artificiales de atracción radiactiva, que nos hayan absorbido paulatinamente la fuerza de nuestros grandes reactores de propulsión, y puede que no tarden a echársenos encima.

Y no dijo más. Pensando inútilmente en quiénes serían los que les abordarían, se abstuvo de hacer otros comentarios.

Trevor Diaper, como si hubiese cogido el hilo de sus pensamientos, inquirió como para sí mismo:

—¿Qué tremenda incógnita nos va a ser desvelada cuando veamos a los que tripulan el platillo volante?

—Es posible que nos llevemos una sorpresa —musitó George Prone, decidido a no abandonar del todo la probabilidad de que se tratara de entes extraterrestres.

—Hombre —exclamó Diaper—, sorpresa desde luego. Sólo con ver el genio creador de esa nave ha de serlo ya, y grande. La incógnita a que yo aludía se refería a sus intenciones respecto a nuestro próximo futuro —acabó, tornando a hacerse cargo de los prismáticos y volviendo a mirar al adusto azul que rodeaba al «Powerful».

—En la Tierra —reflexionó en voz alta Prone, con una entonación un si es no es cavernosa—, a pesar de la inmensa curiosidad mundial, jamás han llegado a tenerse noticias fidedignas de quiénes eran los que construían los platillos volantes que con tanta frecuencia llegaron a verse por todos los cielos.

—Si los que la gente veía eran como el de ahí enfrente —aseveró Trevor Diaper—, no le quepa duda de que son tan terrestres como usted y como yo.

—No pierda de vista que da ciento y raya al «Powerful» —sostuvo George Prone—. Al «Powerful» —repitió con orgullo—, la más maravillosa astronave que ha salido de las manos de los hombres.

Diaper apartóse de las gafas los prismáticos y miró a su compañero conservándolos entre los dedos.

—Es lamentable —le dijo— tener que admitir que estábamos equivocados. Y más lamentable aún que tengamos que ser nosotros, los creadores del «Powerful» precisamente, los que hayamos de confesárnoslo: No hay vuelta de hoja. Si me pidiera usted que estableciera una proporción, no vacilaría en afirmar que el «Powerful» es a ese platillo volante lo que una canoa de los hombres de los palafitos a un modernísimo porta-aviones.

—Ciertamente —convino Prone—. Tanta diferencia hay entre uno y otro aparato, que me resulta poco menos que imposible aceptar que ambos hayan sido ideados en la Tierra. Si procedo por eliminación, en seguida caigo en que sólo de éste me consta el sitio donde fue montado; del otro, sin embargo, aun sin quererlo, me digo y me repito que es demasiado bueno, demasiado perfecto, para haber salido de un taller terrestre.

—No siga, por favor —rogó Trevor Diaper entre dientes—. No es lo malo —añadió— que la segunda parte de su problema pretenda resolverla por reducción al absurdo. Lo malo, lo terrible, es que me ha contagiado. Ahora, al contemplarlo de nuevo, me va a dar la sensación de que veo un vehículo ultraterrestre.

Elevó los prismáticos hasta la altura de los ojos y miró por ellos sin dejar de hablar.

—Ahí está —manifestó al localizar al platillo—. Es como una gacela, como un ingrávido disco...

No pudo continuar. El receptor de radio emitió suave como un suspiro la característica sintonía del compartimiento de reactores del «Powerful», y le hizo pegar el oído a él, la única manera de enterarse de lo que Grudge decía.

— ¡Absorben también las ondas hertzianas! —abrió la boca un palmo George Prone, debajo de la mascarilla del tubo del oxígeno.

—Hemos realizado dos revisiones completas —habló la apenas audible voz de Grudge— y no encontramos nada de particular en los reactores, míster Diaper.

—¿Qué radiactividad acusan las pilas atómicas? —inquirió éste. Y se vio obligado a repetir a voces la pregunta.

—¡Nula! —chilló el técnico por su micrófono—.

Los Geiger parecen haberse agarrotado. Estamos intentando

arreglarlos.

—Dejen a los Geiger en paz —mandó el ingeniero—. No son ellos los que se han descompuesto. En realidad no tienen por qué para funcionar: En las pilas atómicas no queda ni rastro de radiactividad.

— ¡Dios mío! —se desgañitó Grudge—. ¡Qué va a ser de nosotros! ¡Estamos a más de 200.000 kilómetros de la Tierra!

En tanto que Trevor Diaper procuraba calmar la excitación nerviosa del técnico en materias nucleares, Prone, pegando igualmente su oído al receptor que tenía ante sí, mirando impotente cómo se iban deshaciendo en el espacio esfera tras esfera, escuchó la asombrosa revelación que le hacían desde el compartimiento de radar:

—La nave se está alejando.

El ingeniero, que había escuchado malamente la radiación, pidió que se la repitieran. Y cuando estuvo bien seguro de lo que acababa de oír, dio un silbido. ¡La nave, lo detectara o no el radar, lejos de rezagarse o abandonar la persecución de que les hacía objeto, no se estaba alejando!

¡Y no solamente no se estaba alejando, sino que se hallaba cada vez más cerca! ¡También habían desquiciado los proyectiles esféricos las instalaciones del radar!

—¿Qué ocurre? —preguntóle Diaper, extrañado de verle moverse en su asiento con patente desasosiego.

—¿Ve usted ahí enfrente el platillo? —se lo señaló con su enguantado índice.

—Claro que lo veo —repuso el ingeniero, aumentada, si cabe, su extrañeza.

Y por ver si en su superficie descubría el motivo de la desazón de su compañero, lo siguió un instante con la vista. Era grande, casi tanto como el «Powerful», y su forma, que no se asemejaba en nada a la de éste, que era como una enorme bala estilizada, era ni más ni menos que la de un platillo volante.

Aplastado, con una prominencia brillante en el centro de su cara, superior, estaba pintado de color castaño oscuro No dejaba estela en pos, a diferencia del «Powerful», que sí que la iba dejando cuando sus reactores funcionaban, y se deslizaba por el éter sin aparentar el más mínimo esfuerzo.

—¿Verdad que evoluciona con la difícil facilidad de un campeón de patinaje artístico sobre el hielo? —alabó Trevor Diaper al estupendo aparato.

George Prone no le dio respuesta. Encogiéndose de hombros, con una mano extendida hacia adelante, gruñó simplemente:

—El radar no acusa su presencia. Me han comunicado que se está alejando.

—Pues estamos listos —resopló Diaper—. Si este estado de cosas persiste, no tardará a ir todo manga por hombro. Ya ha comprobado cómo se ha paralizado la televisión y cómo funciona la radio, si es que a eso se le puede llamar funcionar.

Como un ramillete de exóticas flores verdes, media docena de proyectiles se partieron a corta distancia del puente de mando del «Powerful», y las seis esferas que surgieron, apelotonándose, comenzaron a ganar terreno en dirección a la astronave.

Prone se desprendió a toda prisa del cinturón de seguridad.

— ¡Ahora sí que llamo al príncipe! —avisó a Trevor Diaper—. ¡Esas esferas nos van a tocar, y él tiene derecho a saberlo!

El joven ingeniero se puso en pie velozmente y, sin que en está ocasión Diaper le detuviese, ya que éste no tenía ojos más que para mirar a los proyectiles que se les venían encima, dispuesto a hacer lo que había dicho, dejando la puerta de par en par, salió como una exhalación del puente.

La aguja del velocímetro, si Trevor Diaper hubiese podido eludir el poder de atracción que sobre él ejercían las apelotonadas esferas, lo habría visto, se hallaba detenida en el cero de la escala.

¡Estaban inmóviles y la muerte rondaba fuera!

CAPÍTULO II

EL PRÍNCIPE

GEORGE Prone, a la puerta misma del puente de mando del «Powerful», se dio impensadamente de bruces con un hombre que avanzaba en sentido contrario.

—,¡Dis... discúlpeme! —tartamudeó el joven, que también había estado al borde de caerse, sujetándole con todas sus fuerzas para impedir que se viniera al suelo por culpa del, encontronazo. Y luego, al fijarse en él, a guisa de excusa que justificase tan poco protocolaria actitud, agregó atropelladamente, sin soltarle:

— ¡Lo siento, Alteza! ¡Lo siento de veras! ¡La situación en que nos encontramos es muy comprometida!

—No tanto, no tanto —repuso James Archibald Randolph, príncipe de Cracotania, suponiendo que el muchacho se refería al hecho de tenerle medio abrazado—. Cierto es que en mi vida me han propinado un empellón como éste, pero no se preocupe, que ya sabe que hace años que el protocolo constituye para mí un recuerdo que se pierde en las brumas del pasado. Además —añadió, sonriendo por debajo de la mascarilla del tubo del oxígeno—, el general, que es el único que podría haberse hecho cruces al vernos, duerme como un bendito en su cámara.

Y golpeando cariñosamente las anchas espaldas de Prone, le apartó a un lado y echó a andar resueltamente hacia el puente de mando, cuya puerta, según la dejara el ingeniero al salir, permanecía abierta de par en par.

El príncipe tenía una estatura más que regular, y en su porte y en sus ademanes, pese a ir cubierto de pies a cabeza con un equipo de astronauta, se advertía una impresionante distinción.

Tal vez por eso, aunque habíase visto obligado a abandonar antaño su pequeño estado, Cracotania, que desapareció del mapa devorado por otras potencias más grandes, seguía siendo conocido en el mundo entero por el príncipe.

Decir «el príncipe», a lo largo y a lo ancho del país que fuese, equivalía a decir James Archibald Randolph, cuyo era el nombre que el ex soberano de Cracotania había adoptado al adquirir la nacionalidad norteamericana.

Cuando en el curso de las conversaciones se mentaba «el príncipe», igual entre la buena sociedad que en los más bajos peldaños de la escalera social de Norteamérica, en el acto se evocaba la apuesta figura de James Archibald Randolph.

Porque, como es natural, si en todo el orbe era conocido, en los Estados Unidos, que era donde vivía, lo era más, y más famoso, que en cualquier otro lugar, excepto Hawái, tal vez.

Y no debía su renombre al haberse juntado a Trevor Diaper y a George Prone, dos célebres ingenieros de San Francisco de California de intachable reputatación, sino que el príncipe de Cracotania, cuya fotografía había sido publicada innumerables veces en las primeras páginas de los principales rotativos mundiales, ya era famoso antes.

Mas su fama, justo es consignarlo, con ser tanta, se acrecentó lo indecible cuando se hizo pública su determinación de financiar la construcción del «Powerful»,

Y luego, al emprender con insuperable valentía a bordo de la astronave el viaje inaugural de ésta, el renombre de James Archibald Randolph tomó caracteres fabulosos, que lo convirtieron en poco menos que en un héroe de leyenda.

En compañía de su en otra hora ayudante de campo —McDonald Whelding, un míster bajito y regordete que llevaba bigote de cepillo y a quien, en la intimidad, todavía daban su antiguo título de

general—, a la sazón algo así como un especialísimo ayuda de cámara, el príncipe de Cracotania, viajero infatigable y aventurero cien por cien, deseando sustituir con violentas emociones su brillantísimo pasado, después de haber recorrido en varias ocasiones los cinco continentes de punta a punta —cazó osos en Groenlandia, leones en África, elefantes en Asia—, dejó transcurrir un pequeño lapso de su existencia en Hawái, donde, adormecido por la arrulladora dulzura del clima, pareció que iba a sentar definitivamente sus lares.

No pudo, empero, el «dolce far niente» con él. Un buen día, aburrido, sacudiéndose la modorra, partió con Whelding para Norteamérica, y allí, dejándose llevar por otra de sus aficiones favoritas, habíase dedicado en cuerpo y alma a la Astronáutica, Ciencia que le apasionaba y que, de recién nacida, como él la encontró, transformó en realidad espléndida gracias al «Powerful», nave capaz de surcar de veras el espacio y de saltar de astro en astro.

Gracias al «Powerful», decimos, y gracias a George Prone y a Trevor Diaper, que de no haber sido por éstos, como se comprenderá, nunca habría salido la astronave de los planos donde la tenían esperando la mano de oro que quisiera fabricarla.

El encuentro con James Archibald Randolph fue providencial para Diaper y Prone. Agotados todos sus recursos, ambos ingenieros, sufriendo un fracaso detrás de otro, estaban recorriendo el país con los planos bajo el brazo.

Tantas negativas recogieron en aquel viaje, para ellos inolvidable, que el príncipe de Cracotania, conocido que hubo a fondo el proyecto, se vio y se deseó para convencerles de que su astronave iba a ser construida realmente.

Trevor Diaper, que con sus cuarenta años parecía un sesentón a fuerza de pelo blanco y de arrugas, había clavado sus grises ojos en el príncipe y le había formulado una pregunta desconcertante:

—¿Su Alteza, pues, encuentra factible el arriesgadísimo proyecto que hemos tenido el honor de presentarle?

James Archibald Randolph, sin poder contenerse, ya que al ingeniero todo se le había vuelto asegurar día tras día que el asunto no encerraba riesgo alguno ni para los tripulantes del aparato ni para el aparato mismo, sentándose en una butaca del salón rosa de

su residencia de Louisville (Kentucky), había soltado una carcajada la mar de campechana.

—¡Naturalmente que lo encuentro factible, míster Diaper! —había contestado alegremente. Y mientras, míster Whelding se apresuraba a llenar de champaña las copas con las que iban a brindar por la felicidad de la empresa, prosiguió—: Y tan factible lo creo, que, o mucho cambio de manera de pensar, tengo la firme determinación de ir con ustedes hasta Mercurio.

George Prone y Trevor Diaper, conteniendo la respiración y pálidos como muertos, ambos a dos, habían mirado al príncipe con mal disimulada ansiedad.

—En plan de simple prueba nada más —siguió diciendo el ex soberano de Cracotania, como de pasada—, porque después, cuando ya sepamos a qué atenernos y conozcamos prácticamente las posibilidades de la nave, iremos mucho más lejos que hasta Mercurio.

—¡Hasta Mercurio! —había musitado Prone, sin acordarse siquiera de que precisamente había sido él el que lanzara días antes la audaz idea—. ¡Hasta Mercurio! Es como una quimera que se cristaliza.

—Como si el humo del cigarrillo que me estoy fumando se solidificara en el aire —dijo Diaper.

—Como si se materializaran de repente mis pensamientos —remachó su compañero.

Y míster McDonald Whelding, que estaba terminando de llenar las copas, sonriendo, terció:

—Como si el espumoso líquido que escancio se convirtiera en un chorro de oro.

—No sé, no sé —había dudado George Prone, visiblemente asustado del cariz que el asunto tomaba—. ¡Estoy tan acostumbrado a que nos digan que no, que ahora...!

Y se puso a juguetear nervioso con el alto fuste de su copa.

— ¡Ir hasta Mercurio! —había murmurado Trevor Diaper, lívido, como amedrentado también por causa de la envergadura de la hazaña, levantándose de la butaca que ocupaba y yendo a asomarse a una de las amplias ventanas del salón rosa, desde donde se veía en parte el extenso y oscuro jardín que rodeaba el domicilio del príncipe—. Es imposible —dijo después, muy quedo, mirando al

cielo como para consultar a las estrellas que brillaban en las profundidades de la noche—, imposible… Significaría la conquista definitiva del espacio, la derrota del vacío, el paso de gigante que conduciría al hombre al otro lado del éter.

—¿No sería mejor que nos quedáramos en la Luna? —propuso Prone, separando la mano de la copa y echándose para atrás en su butaca—. Estimo que ya estaría bien.

—¡Bah, la Luna! —Había exclamado el dueño de la casa con manifiesta disconformidad— Iremos hasta Mercurio.

Los dos ingenieros, sin atreverse a dar crédito a lo que aquel hombre tan distinguido y tan serio afirmaba, temieron estar sumidos en un agradable sueño.

¡El viaje a Mercurio hecho realidad por obra y gracia de un mecenas cuya palabra era de fiar! ¡Sus ilusiones, durante tantos tiempos acariciadas, conseguidos de buenas a primeras!

—La Luna —había acudido Diaper en ayuda de George Prone, avanzando desde la ventana hasta el centro del salón— ha sido la meta teórica de muchos de los que construyeron astronaves antes que nosotros. No sé por qué no nos conformamos con ir sólo hasta allí.

—Al fin y al cabo —había intervenido mister Whelding, que deseaba quedarse lo más cerca posible de la Tierra—, nos separan de ella trescientos mil y pico de kilómetros.

—Distancia que nadie ha cubierto hasta la fecha —había recordado Prone, asintiendo.

—Y que es más que suficiente —terminó Trevor Diaper.

James Archibald Randolph había vuelto a sonreír.

—¡Señores, señores…! —habíales amenazado con un dedo—. Parece que sea yo el que trato de convencer a ustedes, en lugar de ustedes a mí, de que el viaje que propongo puede realizarse, Mas no se preocupen por tan poca cosa, que la astronave está sin empezar siquiera. Para cuando esté concluida, si lo estimamos conveniente, podemos mudar de pensamiento.

Las palabras del príncipe de Cracotania fueron como mazazos para la pareja de ingenieros de San Francisco.

Olvidándose hasta de su propia existencia y dejándose llevar por la ilusión del momento, habían pasado por alto que la astronave aún no se había comentado a construir.

Era muy prematuro, pues, discutir ya la distancia a que deberían llevarla para comprobar prácticamente su rendimiento.

A su tiempo, cuando su esbelta mole se alzase en el sitio donde se acordara montar los talleres, sería el instante de decidir hasta qué astro se iba a llegar en el viaje inaugural.

Mientras, sin remedio, había que esperar.

Y Trevor Diaper y George Prone, incrustada en sus respectivos pensamientos la idea de que igual podían haber errado en los planos algún cálculo, que sería de vital importancia cuando se hallaran surcando el infinito cosmos, bridaron como sonámbulos con James Archibald Randolph y con el general, y aguardaron.

No fue corta la espera. A partir de aquella noche de Louisville, muchos meses deberían pasar antes de que la astronave estuviera lista.

Pero transcurrieron, y terminaron los quebraderos de cabeza y los ajetreos, y el «Powerful», alzándose como un futurista monolito en el centro del enorme jardín de la residencia del príncipe, cuyo arbolado fue preciso talar, estuvo, por fin, dispuesto para emprender la más importante aventura de la historia de la Astronáutica.

Y James Archibald Randolph, que había' ido aumentando su entusiasmo día a día, perseveró en su determinación de embarcarse.

— ¡A mí no me dejan ustedes en tierra! —rió, frotándose las manos, al ver cómo eran quitados los últimos andamiajes que rodeaban el estilizado fuselaje de la nave intersideral—. ¡Me voy con ustedes a Mercurio como dos y dos son cuatro!

—«Nos» —se apuntó el pecho mister McDonald Whelding—, «nos» vamos, que no es lo mismo. Su alteza tiene que contar conmigo para que le haga el nudo de la corbata aunque sea en Mercurio.

—Tendrá que llevarse alicates, general —siguió la broma, divertido, el joven Prone—. La corbata que todos luciremos no será otra que el tubo del oxígeno.

No hubo forma de disuadirles. Las decisiones del príncipe de Cracotania eran irrevocables.

—No les diré que voy a formar parte de la expedición en calidad de jefe, no teman, que mis conocimientos de navegación son no más que los de un simple aficionado. Ustedes —señaló a los dos

ingenieros— son los que han de guiar y ordenar, según su criterio, lo que en cada momento haya que hacer. Pero como sería absurdo que fuera como simple miembro de la tripulación, tampoco iré como tal.

—¿Entonces, alteza? —interrogó Diaper.

—Iré como pasajero.

—Como pasajero honorario, naturalmente —decidió Trevor Diaper—. Su alteza no puede ser un pasajero corriente.

—Bueno —movió el príncipe la cabeza—, como pasajero honorario, como a ustedes les parezca, eso ya es igual.

—Seremos los primeros que conduzcamos pasajeros al planeta que está más cerca del sol —dijo George Prone.

—Con tal de que no nos quememos... —terminó la conversación el regordete mister Whelding, atusándose el bigote al hablar——. Cada día me resulta más arriesgada la aventura.

Desaparecidas ya las instalaciones auxiliares que habían sido precisas para la construcción del «Powerful», una mañana, ante un inmenso gentío que gritaba desaforadamente vitoreando a los astronautas, éstos —veinte en total, pues iban dieciséis hombres como tripulantes—, con los dos ingenieros de San Francisco de California y el príncipe de Cracotania en cabeza, salieron de la casa y caminaron por el jardín en busca de la puerta del aparato.

Vestidos todos con los impecables equipos especiales que habían sido creados de acuerdo con las necesidades inherentes al viaje, como agudamente dijo el general, que marchaba inmediatamente detrás de James Archibald Randolph y de Diaper y de Prone, parecían «más que nada, unos «dandys» del año 3000».

Después que penetrara el último de los hombres en el «Powerful», éste, haciendo honor al nombre con que había sido bautizado —«Poderoso»—, trepidando con una potencia inmensa, tras haber soltado sendos chorros de fuego y humo por los quince tubos de escape de sus reactores, luego de haber parecido que iba a caer, se elevó majestuosamente y, poco a poco, como con la serenidad del que hace una cosa a conciencia y la hace sin apresuramientos, aumentando sin tregua la aceleración, fue a perderse al otro lado de las nubes que empañaban el cielo de Kentucky.

A bordo de la nave todo marchó a pedir de boca. Cada hombre

en su puesto, tenían todos los cinco sentidos puestos en sus respectivos cometidos y nada hacía presumir la tragedia que se iba a desarrollar escasas horas después.

La Tierra, como si se hundiera en el aire primero, se mantuvo por último como un globo inmóvil en medio de su atmósfera, tenue tul blanquecino vista desde las alturas, sin variar de tamaño.

A derecha y a izquierda del puente de mando del «Powerful», atalaya incontenible, se extendía el inacabable azul del Armamento.

No empequeñeciéndose la Tierra, como hemos dicho más arriba, y no agrandándose tampoco ni la Luna ni ninguna de las estrellas que titilaban alejadísimas, la astronave parecía estar como clavada en algún lugar del éter.

—¿Hasta cuándo nos tendremos que quedar aquí? —quiso saber, asombrado, el general al percatarse de aquella «detención».

Ni el príncipe ni los dos ingenieros le comprendieron.

—Quiero decir que si ocurre algo para que nos hayamos parado —tuvo que aclarar mister McDonald Whelding su pregunta antes de que le dieran respuesta.

Porque, como se comprenderá, tanto para Trevor Diaper corno para George Prone o para el príncipe de Cracotania mismo, conocedores los tres de lo que sucedía, no sólo no pensaban en ello, sino que tampoco se esperaban tan inocente interrogación.

—No nos hemos detenido, general —habló Diaper, mirando al aludido a través de los cristales de sus gafas y sonriendo por debajo de la mascarilla en que terminaba el tubo del oxígeno—. Es que las distancias son tremendas y, además, como no existen puntos de referencia, nos da la sensación de que no nos movemos.

—Para que lo entienda —explicó a su aristocrático ayuda de cámara James Archibald Randolph—, es algo semejante a lo que acontece en un tren cuando mira uno al cielo y no hay nubes.

—Ni cables de teléfono —adujo Prone—. No obstante sentirse el trepidar del convoy, resulta la ilusión de que el tren se ha detenido.

—Comprendo, comprendo —musitó Whelding. Y añadió encogiéndose de hombros—: Como el «Powerful» ni siquiera trepida…

La potente astronave, reflejando en el velocímetro la enorme aceleración que la imprimían sus quince reactores atómicos, seguía y seguía su rumbo como una centella.

Los primeros cien mil kilómetros fueron cubiertos sin que nadie se diera cuenta, tanta era la curiosa ansiedad que les dominaba.

Incansables, todos los hombres de a bordo, tuvieran servicio o no, contemplando por los televisores el monótono panorama del éter, permanecieron horas y horas sin acostarse.

Fue preciso que Trevor Diaper y George Prone ordenaran a los tripulantes francos de servicio que desistieran de semejante entretenimiento y que se marcharan a descansar, cosa que todos acataron, ya que no de buena gana, al menos sin replicar.

James Archibald Randolph, que no tenía porqué, se dio por aludido y fue de los primeros en obedecer.

—Alteza —se justificaron los ingenieros, procurando convencerle para que se quedase si lo deseaba—, es inútil manifestar que la orden no le afecta.

—¿Cómo que no? —había repuesto él, con una seriedad que no supieron si sería real o fingida—. Quien manda, manda. Vámonos, general, que de aquí a que arribemos a Mercurio tendremos tiempo sobrado para hartarnos de ver todo esto. Estoy muerto de sueño.

Y en compañía de su ayuda de cámara, había salido sin más del puente de mando.

Prone y Diaper quedáronse solos. Ambos estaban sumamente interesados con las observaciones que verificaban y no pensaron siquiera en hacerse sustituir.

El estudio de los complicadísimos aparatos que llevaban a bordo era absorbente. Y tan revelador e interesante, que ninguno de los dos hombres deseaba dejarse vencer por el cansancio.

Haciende apuntaciones en sendos cuadernos, comprobaron meticulosamente el desenvolvimiento del «Powerful» y se admiraron de cómo la poderosa máquina surcaba el cosmos a aquella pasmosa velocidad, uniformemente acelarada aún.

No hablaban. Estaban casi inmóviles y como ausentes, ajenos a cuanto les rodeaba.

Tan sólo movían los ojos, para mirar tal o cual instrumento, y la enguantada mano con que sostenían los bolígrafos que usaban para escribir. De vez en cuando, con brusco ademán, pasaban una hoja de sus cuadernos y proseguían infatigables su labor.

El tiempo transcurría velozmente. Las horas volaban Por dos veces se hicieron los relevos del personal de los diversos

compartimientos de la astronave, y ellos, como si nada, siguieron trabajando.

Bien puede decirse que les había cogido desprevenidos la repentina sintonía característica del compartimiento de radar, que escucharon en el receptor de radio.

—Un objeto metálico —oyeron decir seguidamente— se aproxima por estribor.

—¿Han calculado la velocidad? —preguntó Prone. Y el joven ingeniero silbó cuando le respondieron en el acto:

— ¡Doble que la nuestra!

Con ayuda del televisor, no tardaron a localizar un cuerpo en la lejanía. Tan pronto parecía una simple raya horizontal como una O.

A poco, pese a la distancia que del objeto les separaba todavía, lo vieron ya recortar nítidamente su redondeada silueta, de color castaño oscuro, en el cuadro azul de la pantalla.

—Ese diseño me recuerda el de los platillos volantes —empezó a decir George Prone.

—¡Atención, compartimiento de radio! —le interrumpió Trevor Diaper, gritando alborozado por el micrófono— ¡Pónganse al habla con la nave que se nos está acercando, y envíen de nuestra parte un cordial saludo a su capitán!

—De acuerdo, mister Diaper.

Y mientras éste y su compañero continuaban viendo cómo el platillo evolucionaba ágilmente, los hombres del compartimiento de radio habían tratado por todos los medios a su alcance de cumplir la orden que el ingeniero les diera.

Pero no les fue posible complacerle. Aun a sabiendas de que la emisora del «Powerful» era de una potencia enorme y de que transmitía en longitud de onda que en el platillo volante no podrían por menos que captar, no lograron arrancar ni una sola palabra a sus silenciosos tripulantes.

— ¡Insistan! —mandó Prone, cuando les anunciaron lo que sucedía—. A lo mejor no nos entienden. ¡Francés, ruso, alemán, español, italiano...! ¡Hablen en cuantos idiomas conozcan! Tenemos que felicitarlos por haber llegado hasta aquí.

—Deben haber salido de la Tierra mucho antes que nosotros, ¿no le parece? —pidióle al joven su parecer Trevor Diaper.

—Puede —respondió vagamente el referido—. De lo que no hay

duda es de que su —aparato es fantástico. ¡Qué bárbaro! Se desplaza a doble velocidad que el nuestro.

Durante un instante, con una sonrisa de aprobación en sus invisibles labios, siguieron con el televisor los zigzagueantes movimientos del artefacto.

Y cuando más tranquilos se sentían, esperando a que les avisasen del compartimiento de radio de que los del platillo devolvían. el saludo, vieron surgir ante ellos una cosa alargada, como un paquete, que al partirse por la mitad dejó salir una como flor verde, la cual se transformó en breve en una esfera como de cristal, que se quedó flotando en el vacío.

—¡Cáspita! —había exclamado George Prone, tan alarmado como perplejo—. ¡Eso es que nos atacan!

—Atención, compartimiento de artilleros —llamó Diaper por el micrófono—. Tengan dispuestas dos cargas radiactivas de un sexto de megatón, y dispónganse a dispararlas contra el platillo así que se les ordene.

—¿Cree... cree usted que hará falta?

—Lo ignoro, Prone —elevó los hombros Trevor Diaper—. Pero si eso que nos han disparado es realmente un proyectil, bueno será estar preparados.

—¿Por qué habrán hecho eso? —se extrañó el joven ingeniero, mirando sin cesar las azuladas irisaciones de la' esfera—. No es lógico que reaccionen de esta manera.

Y de repente, quitando los ojos del receptor de televisión, había saltado:

—¿No será esa esfera un a modo de saludo?

—¡Bah! —denegó Diaper—. No diga cosas raras.

Pero, por si acaso su compañero estaba en lo cierto, emitió una orden por el micrófono:

—Disparen una de las cargas por encima del platillo —dijo. Y encarándose con George Prone—: Ahora podremos estar seguros de que averiguaremos qué intenciones son las que abriga esa gente.

¡«Esa «gente»! —pensó Prone—. ¿Serán, en realidad, «gente» los que tripulan esa nave? ¿Procederán de veras de la Tierra?»

No se atrevió a comunicar sus pensamientos a su compañero. Además, tampoco tuvo ocasión de hacerlo.

— ¡No funcionan los cañones atómicos!, —dijeron los servidores

de las piezas desde el compartimiento de artilleros—. ¡No podemos disparar la carga!

Con los ojos muy abiertos, los dos ingenieros clavaron la vista en la intranquilizadora esfera que veían en la pantalla.

Y entonces se dieron cuenta de algo que les había pasado desapercibido: Algo muy sutil, similar a un gas, sin que pudiera columbrarse el sitio por donde entraba, iba pasando, al parecer, al interior de la esfera y, al ponerse como a hervir a borbotones, la comunicaba las oscilaciones que tenía.

Resultaba inexplicable, increíble, inaudito. En el vacío no existe gas de ninguna especie. Allí no hay más que nada, carencia absoluta de todo.

Una terrible sospecha cruzó por la mente de Trevor Diaper.

—Compartimiento de aireación —habló por el micrófono. Y al ser respondido, preguntó—: ¿Estamos perdiendo aire?

Era absurdo, qué duda cabe, y al ingeniero no se le ocultaba. Sin embargo, deseaba encontrar una solución «lógica» a aquel enigma.

En el supuesto de que fuera posible verter un gas en las vacías regiones del éter, no se concentraría,no se apelotonaría, sino que, como es sabido, tendería a expandirse, a extenderse, a ocuparlo todo, en una palabra ni más ni menos que como ocurre en la Tierra.

En el compartimiento de aireación supusieron haber entendido mal la pregunta de Diaper, y George Prone, habiéndose dado cuenta de que la hipótesis de su compañero, por descabellada que aparentase ser, era la única que podía aclarar la naturaleza del gas que se distinguía en el curvado recipiente de la esfera, la repitió tajante. Y ordenó por cuenta propia:

— ¡No hagan más preguntas y obedezcan!

Con la típica pericia de los tripulantes de la astronave, hombres meticulosamente seleccionados entre muchos todos ellos, los del compartimiento de aireación, conscientes de que no era posible que perdieran aire, porque el «Powerful» estaba tan herméticamente cerrado que ni siquiera el aire respirado salía de él —se recogía en unos depósitos especiales donde se le iba agregando oxígeno al anhídrido carbónico para hacerlo respirable de nuevo—, miraron con suma atención cuantos aparatos les estaban encomendados.

—No perdemos aire —habían comunicado apenas un par de segundos más tarde.

Era natural que así fuese. De haberse abierto algún ignorado boquete en el extraordinariamente reforzado fuselaje del «Powerful», toda su atmósfera interior habríase escapado por él en menos tiempo del que se tarda a contarlo.

—¿Serán residuos de desintegraeiones? —inquirió Prone entonces, mirando con el rabillo del ojo a Trevor Diaper.

—¿Gases —preguntó éste a su vez— provocados por la paulatina desintegración de la propia esfera?

— ¡Sí! —gritó su compañero, entusiasmado al ver que la esfera se disipaba sin dejar rastro.

—Me temo... —comenzó a decir Diaper. Y se detuvo. No quiso manifestar en aquella primera ocasión lo que había pensado: Que si volvían a disparar y les acertaban, no habría esperanza de salvación para ellos. La potencia desintegradora del proyectil que acababa de esfumarse debía ser pavorosa.

— ¡Uf! —había suspirado George Prone—. Esperemos que no vuelvan a las andadas.

Sus deseos no se verían cumplidos. Del platillo volante, como apuntado queda, les dispararon muchas más veces. Y los dos ingenieros, con la forzosa impasibilidad que les daba el conocimiento de que con las pilas atómicas descargadas no podían ofrecer resistencia de ningún género, sabiendo a todos sus hombres pegados a los «ojos de buey» de la1 indefensa astronave, detenida en mitad del espacio, fueron observando impotentes el desarrollo de los acontecimientos.

Hasta llegar, como hemos visto, al momento en que el racimo de esferas empezó a avanzar abiertamente hacia el «Powerful», cuando Prone, aterrado, se fue a toda prisa a avisar al príncipe de Cracotania, a quien hemos dejado, después del inopinado tropezón, entrando en el puente de mando tan tranquilo,

¡No había tiempo para ponerle en antecedentes! ¡Las esferas podían desintegrarlos a todos en el siguiente segundo!

CAPITULO III

MUSICA CELESTIAL

CON el cuello alargado, Trevor Diaper, con una fijeza rayana en la hipnosis, estaba mirando al vacío a través del transparente tabique del puente de mando.

Había en la postura del ingeniero una escalofriante tensión, que no era debida, sin duda alguna, a la gris indumentaria, un tanto rígida, que llevaba puesta.

El príncipe, extrañado, le observó sin atreverse a hablarle. Le dio la impresión de que era un sonámbulo y temió que le pudiera suceder algo malo si lo despertaba.

— ¡Cuidado! —gritó George Prone, desde la puerta, donde se había quedado como pegado al umbral.

¡Las seis agrupadas esferas estaban empezando a chocar con el fuselaje del «Powerful»!

El momento era de insuperable emoción. ¡A 228.430 kilómetros de la Tierra, aquellos audaces hombres tenían la certidumbre de que iban a perecer desintegrados!

Su alteza, por no estar al tanto de los sucesos que habían estado ocurriendo, no concedió importancia ni al aviso de Prone ni a lo que veía fuera de la astronave.

El, que tenía derecho a saberlo todo, era el único que no sabía nada aún.

Bueno, y el general. Pero éste, como acababa de decirle al joven ingeniero, dormía como un bendito en su cámara.

Pegando las azuladas irisaciones al cristal del puente, tres de aquellas aterradoras esferas, con sus brillantes superficies como húmedas meciéndose incesantemente, entraban ya en contacto con la inmóvil nave alargada.

Diaper crispó los dedos en los brazos del sillón donde estaba sentado, y George Prone, envarándose como para aguantar la embestida de la muerte, apoyó la espalda en la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó el príncipe, sin inmutarse, yendo a ocupar el puesto que el muchacho dejara libre—. ¿Globos sonda?

Y como no obtuviera respuesta, ya que ninguno de los ingenieros aparentó oírle, sin parar mientes en la contenida tensión de ambos, cogió los prismáticos que tenía al alcance de la mano, precisamente junto al velocímetro.

Entonces fue cuando se dio cuenta de que la aguja del aparato medidor de la velocidad se hallaba en el cero de la escala.

— ¡Ah! —exclamó, con manifiesta perplejidad en la voz——. ¿Se trata de algún experimento, o es que de veras estamos detenidos?

Tampoco le contestó nadie.

Las esferas que al chocar con el «Powerful» se habían fundido en una sola, enorme, desmesurada, parecían haberles englobado sin disiparse.

A lo lejos, con la pared interior de la esfera por fondo, el azul-negro del firmamento quedó como difuminado y los puntos de estrellas adquirieron un resplandor mortecino.

Del platillo volante no se veía ni rastro.

—A ver si me va a pasar a mí como al general —rezongó el príncipe, echando una nueva mirada al velocímetro.

Con silencioso estallido, la esfera, sin que nada lo dejara prever, desapareció de súbito y el cielo tornó a tomar el aspecto y color de costumbre.

Trevor Diaper se movió por fin.

—¿Eh? —dijo, como si despertase de una pesadilla, volviendo la cabeza para mirar a James Archibald Randolph.

—Digo —repitió éste—, que a ver si me va a pasar a mí como al general.

Y apuntó con el dedo al velocímetro.

Diaper, haciendo caso omiso del gesto del príncipe, comenzó a decir:

—Es tan grande el peligro...

Pero entonces sonó vibrante la sintonía del compartimiento de reactores, y la voz de Grudge, alegre a más no poder, saltó por el sensible aparato receptor:

— ¡Mister Diaper, mister Diaper! —habló el técnico—. ¡Las pilas atómicas están cargadas otra vez y los reactores funcionan! ¡No los hemos tocado, ha sido de repente!

El ingeniero clavó sus grises ojos en la aguja del velocímetro.

—Asegúrese bien, Grudge —suspiró, más que dijo, al verla detenida sobre el cero de la' escala—. Debe haber un error en sus apreciaciones.

— ¡No pueden estar los reactores marchando y ser nula la Velocidad! —gritó George Prone, que había avanzado hasta situarse detrás del príncipe.

—Bueno, bueno —le reconvino James Archibald Randolph por haberle gritado en el oído—, no es para tanto. Podría ser que se hubieran obturado los tubos de escape, ¿no?

—Podría ser —musitó Trevor Diaper—, pero no lo creo.

Reaccionando con admirable serenidad, el príncipe ordenó a Grudge por el micrófono:

—Detenga en el acto los reactores. Debe estar ocurriendo algo que no está claro.

No poseía el príncipe de Cracotania, como es de suponer, los conocimientos científicos de los dos ingenieros de San Francisco de California; mas, en cambio, entre las muchas cualidades que le adornaban —a más de un olfato que era una maravilla— tenía la de saber y poder mantenerse tranquilo en situaciones que parecían desesperadas.

Durante sus años de cacerías por el mundo, habiendo visto en multitud de ocasiones la muerte de cerca, habíase entrenado lo suficiente para dominar las emociones.

Mister Whelding solía decir de él:

—No tiene nervios. El peligro es para Su alteza como un juego.

A mí me ciaban escalofríos cuando le veía esperar para hacer sus disparos a que la fiera de turno estuviera a dos pasos justos de distancia. No sé si ustedes serán cazadores, pero, aunque no lo sean, no dejarán de hacerse cargo de lo que supone aguantar a pie firme la embestida de una pantera, por ejemplo, que llega con las garras prestas y las fauces abiertas. Y aguantar hasta que esté a dos pasos de uno, ¡a dos pasos, que se dice pronto!, corriendo el riesgo, de que el rifle se haya encasquilladlo y de que los tiros no salgan. Es como desafiar a la muerte. ¡Qué dominio de nervios!

En efecto, James Archibald Randolph, de haber sido presuntuoso, que ni por asomo lo era, podía haber presumido de ejercer un dominio casi absoluto de sus nervios.

Y de una agilidad felina, ya que, indefectiblemente, en aquellas espeluznantes aventuras cinegéticas que contaba en cualquier momento con pelos y señales el general, habíase visto obligado a saltar para que las fieras, heridas o muertas después de los disparos, no se le echaran encima y lo derribaran.

— ¡Miren otra vez el platillo! —saltó Prone, señalando la rauda nave en el azul del éter.

—¿«Otra vez»? —recalcó, extrañado, el príncipe—. ¿Es que antes de ahora lo habían visto ya?

Se le distinguía a simple vista, evolucionando frente al puente de mando del «Powerful».

Trevor Diaper y George Prone, sin ponerse de acuerdo, por supuesto, exclamaron, a dúo, lo que estaban pensando:

—¡Nos dispara proyectiles desintegradores!

Calláronse luego al tiempo, al escucharse hablando a la par, y Diaper, que acababa de ver partirse en el vacío otro de aquellos tremendos «paquetes», continuó diciendo:

—Como ése —y lo apuntó extendiendo los brazos como para cogerlo.

Prone, por su parte habíase puesto al habla con el compartimiento de artilleros.

—¡Lancen una de las cargas! —ordenó.

—Se forma una especie de flor verde —proseguía diciendo Trevor Diaper al príncipe de Cracotania, en el instante mismo en que la «flor» surgía—, y luego, inconcebiblemente, se convierte en una esfera.

James Archibald Randolph, con los prismáticos enfocados siempre en el proyectil, fue contemplando los sucesivos cambios que éste experimentaba.

—Mister Diaper —oyóse apenas la‘ voz de Grudge—, las pilas han perdido la radiactividad. Los reactores...

Y la voz del técnico en materias nucleares se apagó de repente.

—¡Maldición! —rugió George Prone, que estaba a la espera de observar el efecto que la carga de un sexto de megatón producía' en los siniestros tripulantes del platillo—. ¡Ya no hay posibilidad de dispararles!

—Es como una pompa de jabón —dijo el príncipe, refiriéndose a la esfera, cuyas irisaciones azuladas estaba viendo.

Los dos ingenieros, que antes no habían parado mientes en tal semejanza, la constataron ahora.

Parecía, efectivamente, una gran pompa de jabón balanceándose en el vacío.

—¿Qué es eso que tiene en su interior? —quiso saber James Archibald Randolph.

—Sospechamos —repuso Prone, tranquilizado por la calma que mostraban su compañero y el príncipe— que es el gas producido por el proceso desintegrador de la esfera misma.

—Es raro —habló el príncipe entre dientes, sin quitarse los prismáticos de delante de las gafas—. De ser lo que usted pretende, resulta muy lenta esa desintegración.

La esfera, con el bamboleo que el gas la comunicaba, no parecía ganar terreno esta vez.

Permanecía como temblando, como si no se atreviera a aproximarse al «Powerful».

—Puede que originen una derivación de la radiactividad de nuestras pilas atómicas —indicó Trevor Diaper, dudoso, como hablando consigo mismo—. Esa, al menos, es la opinión de Grudge.

—¿Con qué fin...? —musitó el príncipe. Pero se interrumpió y agregó seguidamente—: Sean quienes sean los que tripulan el platillo, no alcanzo a comprender qué motivos pueden tener para ocasionarnos tal derivación.

Ninguno de los dos ingenieros tuvo valor para revelarle la sospecha que abrigaban, es decir, que todo iba encaminado a hacerles prisioneros.

—Estoy notando una cosa —siguió diciendo James Archibald Randolph, impertérrito—. A pesar de que esa esfera es más pequeña que nuestra astronave y de que, por lo tanto, debería ser atraída por ella, no parece dejarse influir en lo más mínimo por el campo de atracción que indudablemente originamos en el vacío.

Prone y Diaper, cuyas invisibles bocas se abrieron un palmo por debajo de sus respectivas mascarillas, parpadearon de asombro. Y guardaron silencio.

—Ya saben que yo no entiendo mucho de estas cuestiones —continuó hablando el príncipe—, pero esto no está, a mi corto juicio, de acuerdo con la ley de gravitación Universal de Newton.

Trevor Diaper, según tenía por costumbre cuando no sabía qué decir, carraspeó; y George Prone, que se hallaba colocado detrás del sillón del ex soberano de Cracotania, cogiendo los prismáticos de su compañero, se hizo el distraído mirando por ellos.

Tanto para el uno como para el otro aventajado científico, aquella ley que James Archibald Randolph acababa de citar —según la cual, como es archisabido, los cuerpos se atraen con una fuerza directamente proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de su distancia—, habíales pasado desapercibida, pese a ser elementalísima.

Digamos en descargo suyo que estaban agotados y, lo que es peor, notablemente afectados por la anterior tensión nerviosa a que habían estado sometidos, circunstancias ambas que disculpaban su involuntaria omisión.

Porque es que, dedicados a complejísimas cavilaciones, encaminadas a desentrañar, el misterio de las esferas, ni falta haría decirlo, no se habían parado a fijarse en aquel sencillo detalle.

Detalle a todas luces cierto, irrefutable, incontroversible. La esfera, con su bamboleo típico, no se acercaba al fuselaje de la astronave.

Permanecía quieta, como sujeta por algún ignorado cable que la uniera al platillo volante de donde procedía. Platillo que, dicho sea de pasada, proseguía evolucionando con aquella pasmosa agilidad que había dejado asombrados a los dos ingenieros terrestres.

De pronto, la esfera, del mismo silencioso modo que en reiteradas ocasiones ya aconteciera, se disipó en el éter como si hubiera estallado.

—¡Como una pompa de jabón! —volvió a su anterior símil el príncipe—. ¡Igual que una pompa de jabón!

—¡Volverán a disparar! —susurró Prone, roncamente.

No se equivocó el joven. Volvieron a disparar. Más no ahora una sola carga, ni media docena.

Brotando simultáneamente en el espacio, un verdadero ramo de verdosas «flores» quedó a poco flotando en torno al «Powerful».

Y cuando las «flores» se transformaron en esferas, apelotonándose y alargándose a gran velocidad, formaron como una gigantesca corona alrededor de la astronave.

Y aquel pavoroso círculo sí que se dejó influir por el campo gravitatorio del «Powerful». Acercándose como un cinturón que se fuera apretando con aterradora lentitud, fue cerrándose en su fuselaje.

En el interior de todas las azuladas esferas, enroscándose enloquecedoramente, el gas persistía en manar a borbotones.

James Archibald Randolph, sumido en idéntica perplejidad que sus amigos, cruzándose de brazos impotente, musitó:

—No queda más remedio que esperar a ver lo que sucede ¿no es eso?

Pero ni él esperaba respuesta ni se la dieron. Conteniendo la respiración, Trevor Diaper y George Prone, mirando como estaba al exterior de la astronave, ni siquiera le oyeron.

Las esferas, moviéndose en el vacío con inusitada seguridad, iban como encaramándose unas en otras, sin perder para nada su circular disposición, y acortando la distancia que las separaba del «Powerful».

Y cuando, como antes, a la llegada del príncipe de Cracotania, comenzaron a lamer el transparente tabique del puente de mando, fundiéndose espectacularmente todas en una, formaron una esfera descomunal, inmensa, en cuyo interior quedó el «Powerful».

Todos, tripulantes y jefes, llamemos así al príncipe y a los dos ingenieros, creyeron que de un instante a otro iba a sobrevenirles la más espantosa muerte que jamás ser humano había podido soñar.

El tiempo pareció haberse detenido. Los segundos se hicieron largos, inacabables...

La pared interior de la esfera se puso en contacto con el cristal del puente de mando, y a través de ella, los tres hombres que allí

estaban vieron el cielo como por entre un velo sutilísimo.

Luego, con el desconocido gas siempre arremolinado por doquier, la pared de la esfera se alejó.

——Una de dos —habló nuevamente James Archibald Randolph —, o se está verificando una desintegración lentísima o no nos están desintegrando.

Trevor Diaper se movió en su sillón. Aunque no podía dar fe de lo que había oído, a él también le parecía que era mucho tardar. Para que se llevara a término el proceso desintegrador capaz de anular el «Powerful», no se precisaba tanto tiempo.

— ¡Prisioneros! —exclamó Prone.

El príncipe giró cuanto pudo el cuerpo para mirarle. No había entendido lo que el muchacho había querido decir.

De súbito, cuando ya George Prone se iba a decidir a exponer a James Archibald Randolph sus temores, oyóse algo así como un suspiro largo, silbante, finísimo, que no supieron de donde provenía.

Fue primero como el ruido que produce una sierra mecánica escuchada desde lejos, y después, como aproximándose, se fue haciendo oquedoso, hueco, hasta convertirse en un como susurro de hojas mecidas por el viento, sin que se supiese ya si brotaba lejos o cerca.

A veces, parecía como el eco de una extraña canción cuyas palabras apenas fuesen moduladas, otras, como una melodía monótona e inacabable que saliese de los paralizados receptores del «Powerful».

Los tres hombres que había en el puente de mando miraron a un lado y a otro. El ruido, silbido, canción o música, semejaba emanar de todas partes a la vez.

Era como ese zumbido que producen esas peonzas infantiles que se conocen con el nombre de «trompas marinas».

Largo, continuo, sinuoso…

La puerta del puente se abrió cuando menos lo esperaban y quedó enmarcado en ella mister McDonald Whelding.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿«Música celestial»?

CAPITULO IV

SALE SU ALTEZA

EL genera! aludía, en broma, desde luego, a la creencia de los antiguos filósofos pitagóricos de que los astros en su continuo desplazar por el firmamento, entonaban un canto de alabanza a los dioses, que recibió el nombre de «música celestial».

Un canto majestuoso, alucinante, potentísimo, imposible de comprender sin tener presente la exorbitante distancia que separaba a unos astros de otros y la intensidad con que debía ser emitido para que formaran los sonidos aislados un tono armónico.

Porque es que, por la relación de lejanía o proximidad que con el Sol tenían los planetas entonces conocidos, los mentados filósofos de la antigüedad, aún con el error geocéntrico —es decir, considerando a la Tierra inmóvil en el centro del Universo—, urdieron la ingeniosa y fantástica teoría de que cada uno de dichos astros producía una de las notas correspondientes a las cuerdas de la lira.

Y de ahí que a la Tierra, por ejemplo, aunque por no moverse, según se creía, no debía haber formado parte del coro, le atribuyeran el do de la escala musical; a la Luna, el re; a Mercurio, el mi; el fa, a Venus; el sol, a Marte, etc.

No es raro, pues, que mister McDonald Whelding, al escuchar la cadencia que se oía a bordo del «Powerful», sabiendo que se encontraban en pleno espacio, recordara por asociación de ideas la citada «música celestial» y que, como debía haberse levantado de buen talante, la trajese a cuento sin más.

El príncipe y los dos ingenieros, bastante asombrados, por cierto, de en circunstancias tan graves se le ocurriese exponer tan ridículo pensamiento, le miraron en busca de aclaración, y él, desconocedor del terrible peligro que corrían, no bien hubo cerrado la puerta, avanzó hacia ellos con toda naturalidad, diciendo:

—¿No es esto música, acaso, y no se está produciendo en el cielo? Pues «música celestial» es.

Como no estaba el horno para bollos, todos le volvieron la espalda y siguieron observando a través del tabique del puente, sin hacer ningún comentario.

Entre el exterior del fuselaje de la astronave y la lejana pared interior de la descomunal esfera en que se hallaban metidos, los sutiles vapores se movían sin descanso.

—Temo —repitió Trevor Diaper al príncipe de Cracotania lo que ya antes habíale dicho a Prone— que se trate de una especie de inconcebible electroimán gigantesco, por llamarlo de alguna manera, el cual haya atraído la radiactividad de nuestras pilas atómicas.

—Aventurada es la suposición —replicó James Archibald Randolph—. No obstante, reconozco que es la única hipótesis que explica un poco lo que sucede.

—¿Qué es ello? —quiso saber el general.

—Si de algo podemos estar seguros —dijo George Prone, sin hacerle caso— es de que ya no nos desintegran.

— ¡¿Desintegran?! —exclamó mister Whelding, evidentemente alarmado—. ¡¿Quién pretende desintegrarnos?!

——No lo sabemos —repuso el príncipe—. Nos ha englobado una extraña esfera que suponíamos desintegradora, pero parece ser que, afortunadamente, estamos a salvo.

—¿Dónde está la esfera? —inquirió de nuevo el general.

—Ahí —señaló Trevor Diaper hacia fuera del puente.

Mister Whelding, que se había situado precisamente detrás del sillón que ocupaba el ingeniero, se puso a mirar al vacío a través de

las gafas de su equipo de astronauta.

Todos callaron. El gas continuaba arremolinándose en el exterior del «Powerful» y el zumbido sibilante persistía en el ambiente.

La pared interior de la esfera se aproximó otra vez al puente de mando. En su cóncava superficie se advertía como una tirantez ilimitada, motivo por el cual, tal vez, tenía aquella brillante apariencia de humedad.

—¿Se puede saber —habló el general— por qué nos estamos aquí en lugar de salir a quitar ese estorbo de en medio?

Diaper y George Prone cambiaron entre sí una mirada de inteligencia. ¡Ah, si lo que mister Whelding decía fuera posible! Pero no lo era.

Precisamente aquella era una de las causas que les imposibilitaban de toda maniobra ¡Como que, si no, se iban a haber estado cruzados de brazos!

—No podemos salir de la astronave —contestó Trevor Diaper, de no muy buena gana—. No teniendo radiactividad en las pilas atómicas, intentaríamos en vano abrir las escotillas.

—¡Ah! —se disculpó el general—. Perdonen. No sabía que se nos hubiese agotado la radiactividad. Pero, de todas maneras —agregó, jovialmente, como si la cosa se cayese de su peso—, si empujáramos todos a un tiempo, malo sería que no las abriésemos.

Los dos ingenieros estaban demasiado preocupados con la suerte que iban a correr para entretenerse en dar explicaciones al ingenuo mister McDonald Whelding.

Conque, sumido cada cual en sus sombrías reflexiones, optaron por no responderle,

—Si no —insistió el general, en vista de que su idea no había sido acogida con el entusiasmo que él esperaba— con unas cuantas palancas bien empleadas...

Diaper y Prone volvieron a cambiar otra mirada. No iban a tener más remedio que dar a mister Whelding una explicación, y ninguno de los dos se encontraba con ánimo para hacerlo.

¿Para qué quitarle de la cabeza aquella descabellada pretensión de salir fuera del «Powerful» nada más que por las buenas, saltándose todas las leyes de la física?

Mejor era que conservase la esperanza. Una esperanza que ellos ya habían perdido, porque sus respectivos cerebros,

automáticamente, al tener conocimiento de que las pilas atómicas habían cesado de producir radiactividad, habíanles transmitido el tácito convencimiento de que no podían abandonar la astronave.

Aunque el diminuto general parecía desconocerlo, en el vacío, sin disponer de energía atómica, o de otra de similar potencia, ni con ayuda de palancas ni sin ellas, no hay posibilidad de franquear escotilla alguna.

Era absurdo pretender lo contrario.

No estuvo, empero, el príncipe de acuerdo con ellos.

Levantándose de improviso, aprobó con toda tranquilidad la aparentemente descabellada proposición de su ayuda de cámara.

—No está mal pensado —dijo—. Vamos a salir en el acto, y así, por lo menos, mientras nos desintegran o no. opondremos resistencia.

— ¡Es imposible, Alteza! —gritó George Prone para dominar el intenso zumbido. Y agregó, echándose hacia delante, como para impedir a James Archibald Randolph abandonar el sillón—: ¡Todos nuestros esfuerzos serían inútiles!

—No hay radiactividad —adujo Diaper, con vehemencia—. ¿Comprende, Alteza? —Y repitió, desolado— ¡No hay radiactividad!

—¡No es posible girar las bisagras de las escotillas! —remachó Prone, decidido a disuadirle.

El príncipe de Cracotania, durante un segundo, pareció que iba a desistir, pero en seguida, mientras el sonido silbante empezaba a oírse en un tono más bajo, como de moscardón, apartando al muchacho de su camino, salió del sitio que había estado ocupando en el «Powerful», cuyo velocímetro continuaba marcando el cero.

—Ya sé que las escotillas son muy pesadas —aseveró, poniéndole una mano a George Prone en el hombro— pero, como muy bien ha dicho el general, usaremos palancas.

Otra vez la tensa pared interior de la esfera volvió a acercarse, amenazadora, al transparente tabique del puente de mando.

—No lograremos nada —dijo Tremor Diaper—. Es absurdo.

—¡Qué va a ser! —denegó James Archibald Randolph—. Ustedes han ido muy lejos en sus científicas hipótesis. Tan lejos, que se han perdido en un cúmulo de extraordinarias sospechas.

Prone y Diaper quedáronse perplejos.

—Han olvidado —prosiguió hablando el príncipe— lo más

elemental.

Lo que el ex soberano de Cracotania estaba diciendo podía ser cierto. Los dos ingenieros de San Francisco estaban enormemente cansados, extenuados, deshechos.

Sus mentes, aun sabiéndose en posesión de conocimientos más que suficientes pará envolver a James Archibald Randolph, no poseían la lucidez que las caracterizaba.

Tantas horas como habían estado trabajando, no podían haber dejado de producirles cansancio cerebral.

—También la ciencia precisa que se le ayude con algo de imaginación —siguió diciendo el príncipe, quitando la mano de la espalda del joven ingeniero.

—Por mucha imaginación que tenga Su Alteza —replicó éste—, no conseguirá abrir las escotillas.

—No pienso abrirlas con la imaginación, mister Prone, sino con sólidas palancas de hierro.

—No lograremos nada —terció Trevor Diaper, poniéndose en pie —. Como Su Alteza sabe, en el vacío...

—¿No se da cuenta —interrumpióle James Archibald Randolph, encarándose con él— de que estamos oyendo ese zumbido?

—No comprendo —musitó Diaper.

—Eso no tiene que ver para que las escotillas puedan ser abiertas o no —dijo George Prone.

—¿Cómo que no? ¿Es que no se acuerdan de que para la transmisión del sonido es necesario el aire?

¡Aire! ¡¿Era aire lo que había en el interior de la esfera?! ¡¿Por eso oían el zumbido?!

En el vacío no se propagan las ondas sonoras. Luego no cabía la menor duda: ¡ERA AIRE!

—¿Podremos abrir las escotillas, verdad, Alteza? —preguntó Whelding, que habíales estado mirando alternativamente a medida que hablaban.

—Claro que sí, general. Ha de resultar tan sencillo como en la misma Tierra.

—¡Vamos fuera entonces! —gritaron los dos ingenieros.

—Creo preferible que ustedes permanezcan aquí. No podemos dejar abandonados los instrumentos y nadie mejor que ustedes para que se queden con ellos. Nos iremos el general y yo. Como

carecemos de conocimientos ¡y de los prejuicios! que ustedes tendrían —manifestó al dirigirse ya hacia la puerta—, nos desenvolveremos con más facilidad.

—¡Estupendo! —se mostró encantado McDonald Whelding—. Como no sabemos tanto como ustedes, hasta puede que hagamos algo «imposible».

—Usted tampoco saldrá —le indicó el príncipe con suave firmeza—. Si me lo llevo ahora conmigo es para que me ayude a colocarme la escafandra. Saldré yo solo.

¡¿Qué piensa hacer?! —le preguntó, alarmado Trevor Diaper.

—Pinchar la esfera —repuso el príncipe, deteniéndose en la puerta, agarrando ya el tirador—. Tanta semejanza tiene con una pompa de jabón, que no me cabe duda de que se ha de disipar pinchándola. Naturalmente, emplearé uno de los sopletes atómicos —añadió al abrir la puerta.

— ¡No funcionará! —le avisó Prone—. ¡Recuerde que no existe en todo el «Powerful» vestigio de radiactividad!

—Bueno —se encogió de hombros el ex soberano de Cracotania —, pues llevaré entonces uno vulgar, de soldadura autógena, por ejemplo.

Y seguido del general, que cerró la puerta al salir, se marchó del puente de mando.

Los dos ingenieros volvieron a mirarse. Luego, como acordándose de repente del terrible peligro que les amenazaba, Diaper tornó a dejarse caer en su sillón y George Prone tomó asiento a su lado, en el que James Archibald Randolph dejara libre.

—¡Este toma una forma perfectamente circular!

No se dijeron nada. El monótono zumbido tenía en aquellos instantes un volumen tan grande, que habría sido preciso gritar mucho para hacerse oír.

En silencio, pues, miraron al exterior. No era posible que la esfera fuese realmente una pompa de jabón. Aun admitiendo que fuera «pompa», sin remedio debía ser de otra clase, de otra substancia ¿Pero importaba mucho, en realidad, la materia que la constituyera?

El gas, el aire de su interior, por mejor decir, se dejaba ver arremolinadlo como volutas.

El platillo volante, situado al otro lado de la esfera, resultaba

invisible. Sólo, igual que antes, a través de la cóncava superficie interior de la pompa, se distinguían velados los innumerables puntos de las estrellas.

El zumbido se convirtió en un murmullo apagado.

—Si en una membrana jabonosa colocamos un hilito con las puntas anudadas —empezó Trevor Diaper a hablar—, adquiere una forma irregular en sumo grado.

—¡Como las «flores» verdosas que hemos estado viendo! —se sobresaltó Prone al notar la coincidencia.

—Exacto —asintió su compañero—. Y si pinchamos la superficie jabonosa que queda entre el hilo...

—Si en vez de un hilo pusiésemos infinitos...

—¡¡Al pinchar, se originaría una esfera!!

—Así es. Una elementalísima práctica de la demostración de la tensión superficial.

—¡Que en este caso sería de tensión interior. Los proyectiles del platillo son cargas de aire comprimido que, luego, envueltas por esá membrana transparente, inflándola con el aire mismo, se mantienen aisladas del exterior hasta que terminan por estallar.

—Y ahora, ésta que está envolviéndonos, que debe girar', como todas, a" incalculable velocidad, ocasiona el extraordinario zumbido que escuchamos.

—Gracias al aire que la llena, eso es.

La puerta del puente de mando, como si la hubieran dado desde fuera un formidable empujón, se abrió a espaldas de ambos hombres.

—¡Mister Prone! —llamó, nervioso, el general, que apareció trayendo en una mano un vaso de plástico y en la otra, un pequeño berbiquí—. Haga el favor de venir.

Y mientras el joven ingeniero se desprendía el cinturón, mister Whelding, sin dejar de hablar, fue con todas sus fuerzas taladrando el vaso con el berbiquí.

—¡Ya va a salir Su Alteza! —dijo—. Tras ponerle la escafandra, lo he dejado en el compartimiento estanco de la escotilla número quince, la que está, como saben, al otro lado de este pasillo, junto a las cámaras.

Y cuando George Prone se estaba acercando a él, como viera que el otro ingeniero había vuelto la cabeza para mirarle, le rogó

impetuosamente;

—¡No deje de observar el exterior, mister Diaper! —Y a Prone—; ¡Ayúdeme! ¡Coja la cuerda que traigo atada al tubo del oxígeno y deshaga el tubo!

Con las manos enguantadas no resultó fácil la tarea de obedecer al general, pero el muchacho lo consiguió.

—¡Procure meterla por este orificio! —le mostró mister Whelding el que había 'hecho con el berbiquí en el fondo del vaso —. ¡Vamos, por favor, de prisa, de prisa!

Se veía que el general estaba deseando terminar aquella rara operación rriás tuvo que aguantarse mientras el joven ingeniero, torpemente, introducía el cabo de la cuerda por el agujero.

—¡Gracias a Dios! —exclamó McDonald Whelding cuando, al fin, la cuerda apareció en el interior del vaso—. ¡Creí que no iba a acabar usted nunca!

—¿Qué es esto? —preguntó George Prone, refiriéndose no tanto al nudo que el general estaba haciendo en el extremo del hilo como a la finalidad que todo aquello tenía.

——¡Un rudimentario teléfono! —repuso mister Whelding.

—¡Ah!

—¡¿Se ve el príncipe?! —inquirió, con gran nervosismo, sin hacer caso de la exclamación de Prone, dirigiéndose a Trevor Diaper.

—No, general —contestó éste.

—¡Ya sabe cómo funciona este teléfono, mister Prone! —le espetó, entregándole al muchacho el vaso con el nudo ya en el fondo—. ¡Mantenga tensa la cuerda y procure que no roce en ningún sitio!

Y dándose media vuelta, echó a correr pasillo adelante.

George Prone, con el vaso en la mano, se lo quedó mirando un tanto irresoluto..

Al final del largo pasillo, McDonald Whelding se reunió con otro hombre, vestido igualmente con equipo de astronauta —Grudge, a juzgar por lo bajito—, que estaba junto a un «ojo de buey», y le arrebató algo que a Prone le pareció otro vaso de plástico.

Y debía serlo, porque el joven sintió un fuerte tirón en la cuerda del que él tenía entre las manos.

El general se puso a bracear de cara al joven, como para

indicarle que se colocara el vaso en la oreja, cosa que el aludido hizo así que comprendió lo que querían decirle.

—¡Ahora sale! —oyó decir a mister Whelding—. ¡La escotilla ha debido abrirse sin dificultad!

—¡Atención, Diaper! —dijo George Prone desde la puerta del puente de mando—. ¡El príncipe está saliendo!

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo comunica el general por medio de un sencillo teléfono que ha construido con dos vasos de plástico y una cuerda.

—Otro elemental experimento de física que teníamos olvidado —gruñó el ingeniero en voz baja—. Siga explicándome lo que dice el general.

—¡Está caminando por el fuselaje con el soplete en la mano! —fue repitiendo Prone lo que le decían al otro lado del hilo conductor del sonido—. Parece ser que intenta aproximarse a un punto donde la superficie interna de la esfera está casi rozando al «Powerful».

Trevor Diaper, intranquilo, no viendo al príncipe' de Cracotania, se esforzaba en descubrirlo.

—Sigue caminando por el fuselaje —comunicóle el joven. Y se estuvo en silencio más tiempo del que a Diaper le pareció prudencial.

—¡¿Qué ocurre?! —preguntó, sin dejar de mirar al exterior.

—Ha estado encendiendo el soplete —dijo George Prone—. ¡Ya avanza con él, apuntando al lugar elegido!

Trevor Diaper vio a través del transparente tabique del puente cómo la esfera se disipaba.

El zumbido, que últimamente había sido muy tenue dejó también de oírse,

—¡Lo ha logrado! —gritó, irguiéndose como para saltar.

—¡Cállese! —le mandó su compañero, que estaba haciendo verdaderos esfuerzos para enterarse de las entrecortadas frases que le estaba diciendo mister Whelding.

El platillo volante, que había vuelto a hacerse visible, lanzó un nuevo proyectil.

—Han hecho otro disparo —le avisó Diaper a Prone.

—¡¡Imposible!! —gritó éste, tirando el vaso y llegándose de un par de zancadas donde estaba el ingeniero.

—Mírelo —repuso Trevor Diaper.

George Prone no habló más. No tuvo ocasión de decirle a Diaper que no se refería a que los del platillo hubieran disparado o dejado de disparar, sino a la increíble revelación que le había hecho McDonald Whelding.

A poco, con el pasmo consiguiente, divisaron a James Archibald Randolph, vestido con su gris equipo con escafandra ahora, que era arrastrado vacío adelante por alguna fuerza desconocida, mayor que la del campo gravitatorio de su astronave.

Agarrado al apagado soplete que sujetaba con la diestra, retorciendo el cuerpo y meneando frenéticamente las piernas, iba el príncipe como flotando por el firmamento, pugnando por retroceder.

El general y Grudge, en el preciso momento en que la verdosa flor que se había originado fuera se convertía en esfera, irrumpieron en tromba en el puente.

— ¡Hay que hacer algo! —suplicó el primero, aterrorizada al ver a Su Alteza alejarse más y más—. ¡No podemos dejar de salir a buscarle!

— ¡Fíjense! —chilló Grudge, clavando la vista en el velocímetro, cuya aguja se deslizaba' a escape por la escala graduada—. ¡Nos hemos puesto en movimiento!

Las sonoras sintonías de todos los compartimientos del «Powerful», dejándose oír a la vez en los receptores correspondientes, hicieron que en el puente de mando reinase algo muy semejante al caos.

Y cuando los cuatro estupefactos hombres separaron los ojos del velocímetro, apenas una fracción de segundo después, príncipe y esfera y platillo habíanse quedado tan atrás, que no los pudieron distinguir.

Sólo Diaper, que oteó presuroso el cielo con los prismáticos, creyó advertir todavía, allá lejos, tres insignificantes puntos, que en breve desaparecieron diluidos en el azul.

CAPITULO V

PRISIONERO

EL grito de júbilo que el príncipe de Cracotania profirió por debajo de la escafandra, al comprobar que con el soplete había logrado disipar la esfera que estaba envolviendo al «Powerful», se le heló en la garganta al ver que, quizá por haber realizado algún movimiento brusco, sus pies ya no rozaban el metálico fuselaje de la astronave.

Notando en las botas la suave y extraña sensación de no apoyarse en nada, trató de saltar hacia abajo, de dejarse caer.

Durante un instante le pareció que lo iba a conseguir, pero no tardó a percatarse de que todo era en vano.

Su cuerpo, como si careciera de peso, no respondía a sus denodados esfuerzos.

Vio perfectamente cómo se, partía en el vacío un proyectil alargado y, al formarse la flor verde, creyendo que el disparo de aire comprimido iba dirigido a él, se retorció como una anguila e hizo otro desesperado intento de volver al punto de partida, del cual se alejaba sin poderlo evitar.

La escotilla por donde había salido del «Powerful» todavía estaba abierta. Aquella era su meta. Si conseguía alcanzarla, podría

introducirse por ella y cerrarla, con lo que podría considerarse a salvo.

Era él el que tenía que hacerlo. Él solo, sin ayuda de nadie. Sus compañeros de viaje, por muy buena voluntad que tuvieran, no podrían salir a buscarle.

No estando ahora rodeados por la esfera llena de aire y careciendo de fuerza radiactiva, no les sería posible penetrar en el compartimiento estanco, que era el que estaba cerrado a la sazón para aislar del exterior al resto de la astronave.

Sin dejar de moverse y de retorcerse, pasó junto al puente de mando, donde pudo ver cómo Diaper y Prone le contemplaban con los ojos desorbitados por debajo de las gafas.

Luego, antes de que tuviera tiempo para que su mente captara por completo las desastrosas consecuencias que aquello podía tener, gritó de pavor al fijarse en que el «Powerful», que se encontraba debajo de él, circunstancia por la que se salvó de morir allí mismo, abrasado por el momentáneo fuego que surgió de los tubos de escape de los reactores, arrancaba como una centella.

Perplejo, con un nudo en la garganta, volvió la cabeza para ver a la astronave desaparecer.

Y de súbito, sintiéndose empequeñecido hasta el extremo de hacerse la ilusión de que había sido él el que se había ido, se dio cuenta de que era algo así como un náufrago.

La sensación de soledad, no obstante encontrarse en una situación espeluznante, abandonado en el vacío, no fue la que él había supuesto.

Lo achacó a que no se encontraba, en realidad, tan solitario como a primera vista le había parecido.

Para bien o para mal —seguramente más para lo segundo que para lo primero—, allí estaba el platillo volante que les había estado atacando.

Por lo tanto, aun considerando que lo más probable era que se tratara de enemigos, sintió cierto alivio cuando notó que la redonda nave parecía enderezar el rumbo hacia él.

Quienquiera que fuesen los que le recogieran, más valía estar con ellos que tener la plena seguridad de morir en el improrrogable plazo que marcaran sus reservas de aire.

Viendo cómo la agilísima nave castaña se iba agrandando,

permaneció un par de minutos haciendo a sus tripulantes señas con los brazos.

La esfera de irisaciones azuladas, si bien se bamboleaba siniestramente no lejos de él, no le atraía. Ni él a ella. Era el platillo volante el que lo estaba haciendo a ambos a la par.

Y James Archibald Randolph, por acabar cuanto antes, cesó de moverse y se dejó llevar.

Como un monumental plato, la nave, retrocediendo con suprema ligereza cuando el príncipe la alcanzó, lo recogió suavemente en su liso fuselaje.

En la parte superior, como antes ya advirtiera, había una especie de cúpula formada por brillantes vidrios, de la cual sobresalía una larguísima antena.

Por lo menos, antena supuso él que sería. Aun saliendo, por habérselo comunicado Grudge un momento antes de salir del «Powerful», que no tenían, al parecer, instrumentos receptores ni transmisores, so se le ocurrió qué otro empleo podría darse a aqueja desmesurada barra metálica.

Casi junto al lugar donde había puesto los pies, abrióse de repente un gran orificio cuadrado, muy estrecho, de cuyas profundidades brotaba una suavísima claridad azulada.

El príncipe de Cracotania al mirar por última vez hacia el sitio del firmamento por donde su astronave se había alejado, creyó ver en el azul del espacio un bultito, no mayor que un simple punto, pero que se diferenciaba, no obstante, de los brillantes astros que le rodeaban, y se le antojó que era el «Powerful».

El corazón le dio un salto en el pecho. ¡Volvían a buscarle!

Y comprendió que era natural que volviesen, mucho más natural que el que se hubieran marchado sin recogerle, cosa que, sin lugar a dudas, debía haber sido motivada por cualquier circunstancia por él desconocida, pero, ajena completamente a la voluntad de sus amigos.

—¿Qué pasará —se dijo, sin dejar de mirar al cielo— si no entro por la escotilla que han abierto en si platillo?»

Porque lo que más le hubiese gustado, como es de suponer, no era investigar quiénes eran o dejaban de ser los tripulantes de la nave que le había socorrido, sino volver a poner los pies en la suya propia.

Mas para eso, tenía que arreglárselas de alguna forma para esperar allí a que llegara el «Powerful».

No podía correr el riesgo de que lo alejaran de él y se lo llevaran con rumbo ignorado.

Aunque no previo lo que sucedió, dijose que podían ocurrir dos cosas si no entraba por la escotilla: Que el platillo se pusiera en movimiento sin girar con lo que su cuerpo sería atraído y lo seguiría adondequiera que fuera, con el consiguiente peligro de que se le terminasen las reservas de aire y pereciese sin que los de dentro quisieran volver a abrirle de nuevo, o que el platillo, al moverse, girase y lo despidiera a lo lejos por culpa de la' fuerza centrífuga.

Se estremeció. Ninguna de las dos posibilidades le resultaba convincente.

Apretó con todas sus fuerzas el soplete que llevaba. Para morir en el exterior del platillo, preferible era penetrar por la escotilla sin aguardar a que el «Powerful» llegase.

Y para que la redonda nave castaña estuviese indefinidamente tirándolo y volviéndolo a recoger —porque si la fuerza centrífuga lo despedía mil veces, mil veces la atracción lo volvería a llevar a su fuselaje—, preferible era también entrar.

Sin embargo, el esperanzador bultito que distinguía se iba haciendo más grande sin parar.

¡Y no podía ser más que el «Powerful»!

Mirando como estaba a lo lejos, vuelto de espaldas a la escotilla, no se dio cuenta de que una mano negra salía por ella y lo agarraba fuertemente por una pierna.

Con la sensación de que le habían puesto una argolla de hierro en el tobillo, asombrado del recibimiento que le hacían, se sintió arrastrado hacia abajo.

Y cuando cayó al suelo del interior, donde la escafandra chocó con inusitada fuerza y le golpeó, de rebote, la cabeza, antes de perder el conocimiento tuvo tiempo de ver que un hombre extraordinariamente alto y corpulento, que vestía un equipo de astronauta negro, levantándole en vilo asido por el tobillo, lo ponía cabeza abajo.

* * *

El silencio era absoluto, fúnebre, aterrador, y la oscuridad, tan densa que parecía tangible.

Por eso, las pupilas del príncipe se dilataban en vano intento de perforar las tinieblas, y sus oídos, por más que se esforzaban, no conseguían captar rumor alguno.

Y su olfato, tan sensible como había sido siempre, tampoco funcionaba. En realidad podía haberse olido a sí mismo, porque todo el cuerpo lo tenía cubierto de sudor; pero su propio olor, de tan conocido, su nariz ni siquiera lo notaba y, a pesar de husmear con afán desesperado, se veía obligado a tener la certeza le que no recibía ninguna partícula olorosa.

Nada: ni ruido, ni olor, ni luz procedente del mundo exterior, cuya existencia James Archibald Randolph dudaba, llegaba hasta él.

Tan sólo el frío que sentía, que le venía del suelo y de las metálicas paredes de su angosto encierro, le hacía notar su propia existencia.

Por lo demás, aun sabiendo que le habían desnudado, como su singular cárcel estaba herméticamente cerrada, había perdido por completo la noción del tiempo y de la vida.

Aunque se hallaba encogido, hecho una verdadera bola, rozaba con toda la parte interior de su prisión y con las cuatro paredes laterales de la misma, escurridizas, lisas y frías.

Procuró mover un brazo, y el conseguirlo le dio ánimo para intentar mover el otro, el derecho. Mas ésto ya no le fue posible. Lo tenía aprisionado entre la espalda y el suelo, donde ésta se apoyaba.

Un ligero temblor le recorrió la médula.

Encogido, boca arriba, con las piernas dobladas sobre si, embutido como estaba en aquella especie de lata en donde materialmente no cabía, resultaba muy difícil la empresa de extraer el brazo del cepo que lo aprisionaba.

Con gran peligro para sus articulaciones, tuvo que realizar muchos infructuosos intentos antes de conseguirlo.

Pero, al fin, exhalando un suspiro de verdadero alivio, lo logró.

Quedose luego en silencio, tratando de oír algún ruido, por leve que fuese, y volvió a desojarse y a husmear en todas direcciones.

Los tripulantes del platillo no debían andar cerca de allí. El silencio continuaba siendo tan macizo como antes, y, ni que decir tiene, tampoco consiguió ver ni oler.

Con la tremenda sensación de que el aire empezaba a enrarecerse, se dijo que era de vital importancia ponerse en pie.

De momento, dada la posición en que se encontraba colocado, le pareció que sería imposible.

No obstante, elevó las piernas todo lo que pudo y las arrimó a la pared opuesta adonde tenía la cabeza.

Se daba cuenta de que estaba perdiendo tiempo. Un tiempo precioso, pues el aire, antes de mucho, se habría hecho irrespirable.

Sólo su temperamento de luchador, estimulado por la imperiosa llamada del instinto de conservación, le impulsaba a seguir pugnando por verse libre en lugar de anonadarse y quedarse rendido en el fondo de aquel terrible calabozo.

Cuando se percató de que para levantarse necesitaba ponerse primero de cabeza, estuvo a punto de gritar de alegría.

Y en cuanto lo pensó, trató de hacerlo.

Era preciso adosarse a la misma pared donde tenía las piernas, las cuales puso en el acto rígidas.

Como la espalda descansaba en el suelo, flexionó después los muslos hasta que los dedos de los pies tropezaron con la pared que tenía enfrente, es decir, la misma donde él apoyaba el cogote.

Hizo acopio de energías, y mediante una violenta atracción de músculos, logró que la cabeza descendiera al suelo, con lo que las piernas se elevaron un poco.

Luego, sirviéndose de los codos y de la nuca como puntos de apoyo, como la proximidad de las paredes le impedían perder el equilibrio, ya que todo lo más que sus piernas podían desplazarse de la vertical era hasta tocar cualquiera de las cuatro que le rodeaban, le fue relativamente sencillo ponerse cabeza abajo.

Y no bien adoptó esta postura, tuvo buen cuidado de acercar lo más posible las espaldas a la pared que tenía detrás.

Cuando creyó que el contacto era suficiente, dejó que las piernas se fueran flexionando despacio y se deslizaran pared abajo, hasta que las rodillas fueron a tocar el suelo.

De nuevo se encontró embutido entre las cuatro resbaladizas y frías paredes, pero ahora estaba perpendicularmente situado a como había estado al comienzo de tan laboriosas maniobras.

Antes, su postura semejaba una Z; ahora, una N.

Y a partir de aquí, el comprimirse lo necesario para levantar la cabeza no ofreció dificultad para su entrenada musculatura.

Ayudado por los brazos y por las manos, con las que presionó

fuertemente, pudo, al fin, ponerse en pie.

Descansó unos segundos. Se hallaba extenuado y chorreando sudor. Sus tímpanos recogieron el rumor áspero de su anhelante respiración.

Jadeando, se decidió a palpar el estrecho recinto con la esperanza de encontrar algún medio de escape.

Tampoco a la altura del tórax había nada digno de tenerse en cuenta. Todo era igual a lo que había tocado cuando estuvo en el suelo.

No existía ni el menor vestigio de juntura o debilidad. Las aristas que formaban entre sí las paredes al juntarse, lo mismo que en el fondo, eran cóncavas.

Golpeó con los nudillos varios sitios de aquel increíble calabozo, y confirmó que estaba hecho de un metal muy resistente.

Concentró entonces toda su atención en la parte superior, y sus ojos continuaron, en balde, procurando romper las tinieblas.

No podía ver nada en absoluto. La oscuridad era completa, total.

De improviso, como le pareciera distinguir unas lucecitas muy tenues, que se encendían y se apagaban no sabía a qué altura, contuvo la respiración y abrió los ojos hasta casi desorbitarlos.

A veces, las lucecitas parecían rosadas, otras, azules, más tarde, amarillas; y en otras ocasiones, como silenciosos fuegos de artificio, estallaban y se mezclaban entre sí.

James Archibald Randolph estaba seguro de que eran el resultado de haber forzado la vista en demasía; pero como por allá arriba tenía que existir sin remedio un techo, una tapa, algo, en fin, que cerrase la prismática prisión que le contenía, se fue empinando sobre las puntas de los pies y alargó tímidamente los brazos.

Presintiendo que no alcanzaría su objetivo, experimentó, sin embargo, una desagradable impresión al comprobarlo.

Al darse cuenta de que las lucecitas parecían alejarse, la sensación fue de impotencia.

Temblando, el príncipe de Cracotania cayó en la cuenta de que era importantísimo que conociera la altura del prisma que le aprisionaba.

Únicamente sabiéndola, podría calcular el volumen de aire respirable que le quedaba.

Sugestionado por este pensamiento, creyó asfixiarse. Le pareció

que las cuatro invisibles paredes se iban juntando, juntando, y que lo aplastaban entre ellas.

El ruido de su estertorosa respiración, aumentando a cada segundo la velocidad, le percutía en los oídos con espantosa frecuencia.

Las lucecitas irreales, fantásticas hasta en el colorido, llevando el compás de los latidos, del corazón, seguían sus ojos viéndolas en lo alto brotar y esfumarse.

Otra vez el temblor volvió a sacudirle.

Pasóse la lengua por los labios, y los encontró resecos, ásperos.

Decidido a jugarse el todo por el todo, temiendo enloquecer si permanecía inactivo, saltó hacia arriba con todas las fuerzas de que disponía.

Fue un salto tan violento como desesperado. Puso en él tanta energía como si fuera el último que daba.

Durante una fracción de segundo creyó marearse, y luego, cuando ya estaba preparado para la caída, se quedó perplejo, sin saber qué hacer con sus músculos tensos, pues lejos de volver a caer al sitio desde donde había iniciado el brinco, el cuerpo se le derrumbó encima de las manos y de la cabeza.

Y todo, cabeza, manos y cuerpo, se puso en íntimo contacto con aquella parte de su cárcel donde él había imaginado el techo.

Casi en el acto oyó un fortísimo choque metálico, recibió un recio golpetazo en el cráneo y un chorro de luz y de aire, junto con una inmensa variedad de olores y de ruidos, inundaron el recinto que le había tenido prisionero.

La orgía de sensaciones que tan de repente le impresionaron los sentidos, le anonadaron un instante.

Entre parpadeos, ofuscado por la policroma claridad que le hería las pupilas, mientras los tímpanos vibraban al estridente ritmo que les marcaban chirridos y chasquidos y la pituitaria se impregnaba de unos insoportables hedores a goma quemada y a humo y a cuero, el príncipe observó lo que le rodeaba.

Se hallaba en un compartimiento cilíndrico y alto —situado, probablemente, en el centro mismo del platillo volante, debajo de la cúpula de la antena—, de cuya circular base, por unos agujeritos que había entre ésta y la pared, surgían surtidores de chispas de diversos colores

Todavía yacía en el suelo, pero como nada le impedía hacerlo ya, salió arrastrándose del cuadrado tubo que tan mala pasada habíale jugado.

A gatas aún, confirmó la idea que de él se había forjado. Con las aristas redondeadas, se trataba de una gran caja de metal. Su superficie externa, plateada o niquelada, brillaba con cegadores fulgores al resplandor de las chispas, y la interna, como si con tan fúnebre color se quisiera aumentar el grado del suplicio para el que, sin ninguna duda, se le destinaba, estaba pintada de negro mate.

Al incorporarse, James Archibald Randolph se fijó en que su única ropa consistía en un suave taparrabo de piel.

«Piel de leopardo» —dijóse en silencio, mirando a lo alto del ruidoso recinto.

Los chasquidos y chirridos, como si aquella habitación estuviera en las proximidades de las extraordinarias máquinas propulsoras del platillo, se sucedían ininterrumpidamente.

En la curvada pared, a más de tres metros de altura, sobresalía una especie de repisa.

El príncipe, apretando los dientes, se dio cuenta de que había escapado por verdadera casualidad.

La prismática caja, caída en el suelo, estaba ahora en posición horizontal, pero coligió que antes debió encontrarse vertical, sobre la repisa.

Sólo a la suerte podía atribuir su escapatoria. Mediante aquel salto desesperado que diera, habiendo tenido la fortuna de hacerle variar el centro de gravedad, el cuadrado tubo, con el consiguiente golpetazo, que había tenido la virtud de hacerle saltar la tapa, habíase venido el suelo desde arriba.

Y se había abierto porque el mecanismo del cierre de la hermética tapadera lo formaban un par de flejes, como los de los recipientes que hay en los Hospitales para guardar el algodón, que partiendo de una de las caras laterales del prisma se iban a engarzar a la opuesta.

Pero en ninguna se advertía el menor orificio destinado a dejar penetrar el aire.

Sintiendo un escalofrío de horror, el príncipe, rodeado de chisporroteos que se le antojaron infernales agachándose para coger la mentada tapa metálica —la cual, llegado el caso, igual podría

usar como arma contundente que como escudo protector—, se dispuso a buscar el modo de escapar de su nueva prisión.

Porque prisionero seguía, desde luego, aunque fuera con más holgura que anteriormente.

De toda la redonda base del alto recinto, sólo en una pequeña porción del límite del piso no saltaban los chorros de chispas que, tras describir sendas parábolas en el aire, confluían en el centro, entremezclándose, como un aguacero luminoso y extraño.

Era como si se hubiese respetado adrede aquella parte, en la cual no existían los agujeritos.

La conclusión se cayó de su peso: Allí estaba la puerta. Una puerta que no se veía y que, de no haber sido por lo citado, ni siquiera se hubiera podido presentir.

Seguro, no obstante, de que no se equivocaba, Jarres Archibald Randolph retrocedió hasta donde se encontraba el prisma y lo arrastró en dirección a la presunta puerta, a cuyo lado, en posición vertical para que interrumpiese la salida del menor número posible de chorros de chispas, lo dejó.

Y con suma cautela, como si esperase lo que tuvo lugar, inspeccionó luego cuidadosa y meticulosamente la pared que correspondía a la entrada.

No descubrió más que una cosa: La formaba un oculto panel corredizo que no podía accionarse más que desde el exterior.

De súbito se puso rígido. ¡El panel empezaba a descorrerse!

Sin pensárselo ni un segundo, el príncipe se pegó cuanto pudo al cóncavo muro, dejando la puerta entre él y el prisma, y apretó en la mano la pesada tapa de éste.

Anhelante, interceptando con su cuerpo miles de multicolores chispas, se mantuvo sin moverse y casi sin respirar.

Con un negro equipo de astronauta, igual al que ya viera vistiendo a su corpulento y forzudo captor, el príncipe de Cracotania vio cómo un individuo, ya que se hubo descorrido la silenciosa puerta, penetraba en el recinto.

Y no se anduvo con rodeos. Sin esperar siquiera a conocer si el hombre venía solo o no, apenas lo vio traspasar el umbral, dio un salto y le asestó con el canto de la tapa del prisma metálico un demoledor golpe en la cabeza.

El desconocido, haciendo gala de una resistencia poco común,

en vez de caerse redondo, se limitó a tambalearse como un borracho.

James Archibald Randolph no vaciló. Rechinando los dientes, descargó parte de la furia que sentía en otro golpe, más fuerte, si cabe, que el anterior.

El recién llegado no pudo resistir ahora. Como fulminado por un rayo, al trastazo pareció desinflarse y cayó al suelo como un ridículo pelele.

El príncipe, sin pérdida de tiempo, previendo la contingencia de que la puerta pudiera volver a cerrarse, con lo que nuevamente quedaría imposibilitado de actuar, puso la tapadera del prisma en el piso, de manera que el panel no pudiera llegar a correrse del todo.

Luego, retrocediendo velozmente hacia el caído, lo cogió por los sobacos y lo arrastró de donde estaba para quitarlo de frente a la abierta puerta.

Y cuando lo tuvo a cubierto de cualquier mirada que proviniese del exterior, siguiendo el atrevido plan que se había trazado, comenzó a despojarle del negro equipo que vestía con intención de ponérselo él mismo.

CAPITULO VI

TRANSBORDO EN EL INFINITO

VIRÉ en redondo! —voceó Trevor Diaper, dejando los prismáticos—, ¡Vire en redondo!

George Prone, a quien iba dirigida la indicación, aturdido por el ensordecedor estruendo que producían los receptores de radio al sonar al unísono en el puente de mando del «Powerful», no entendió lo que tan imperativamente le decía su compañero.

Y éste, apagando receptor tras receptor, porque en aquellos momentos lo único que importaba era dar media vuelta y dirigirse a auxiliar a toda prisa a James Archibald Randolph, repitió:

— ¡Vire en redondo!

Prone no se hizo de rogar. Sin entretenerse a sentarse siquiera en la vacía butaca mullida que había junto al otro ingeniero, tomó los mandos de la célere astronave y la obligó a describir una cerradísima curva.

En el transparente tabique del puente se vio como si el estrellado firmamento hubiera enloquecido.

Los puntitos titilantes de los lejanos astros luminosos se desplazaron velocísimos hacia la izquierda, y durante un segundo los estómagos de todos los hombres de a bordo, no sólo los de los

que se hallaban en el puente, notaron como un apretado nudo.

Después, cuando ya el ingeniero de San Francisco de California hubo enderezado el rumbo y retrocedieron hacia el lugar donde habíase quedado el príncipe, todo volvió a adquirir la aparente quietud aplastante .de siempre.

El general, absorto contemplando el formidable espectáculo, parecía haberse convertido en estatua.

Una estatúa gris que tenía las enguantadas manos crispadas en la parte superior del respaldo del asiento de Diaper, y cuyos ojos, desmesuradamente abiertos, semejaban querer atravesar los grandes cristales cuadrados de las gafas, las cuales casi le tapaban la poca cara que dejaba al descubierto la mascarilla terminal del tubo del oxígeno.

El técnico en materias nucleares, por el contrario, sin saber estarse quieto, ora sobre un pie, ora sobre el otro, no cesaba de dar nerviosos saltitos.

— ¡Atención, compartimiento de radar! —llamó Prone, con un acento que dejaba entrever la ansiedad que le dominaba—. ¿Es que no localizan todavía al platillo?

—Así es, míster Prone —respondieron instantáneamente los del compartimiento aludido.

Al ver el malhumorado gesto del joven, Grudge intervino.

—Tengamos en cuenta —dijo— que nos hemos alejado mucho del sitio donde lo dejamos.

—Lleva razón —¡habló Trevor Diaper, sin quitarse los prismáticos de delante de las gafas—. Y, además, es muy probable que el platillo se haya ido.

—¿Con el príncipe a bordo? —gimió McDonald Whelding.

—¡Mucho me lo temo. La fuerza de atracción de la nave ha tenido que llevarlo hasta su fuselaje.

—¡Se han apoderado de él!

—¡Lo encontraremos, general —terció enérgicamente George Prone— lo encontraremos aunque tengamos que pasar el resto de nuestras vidas dedicados a la empresa!

—¡Y que se preparen los tripulantes del platillo —exclamó Diaper, amenazadoramente— si han causado algún mal a Su Alteza —!

Durante cierto tiempo no volvió nadie a pronunciar palabra en

el puente. Los dos ingenieros, en sus respectivos sitios, taladraban materialmente con prismáticos el infinito azul.

Y el general y Grudge, de pie tras ellos, tan pronto miraban a uno como a otro, deseando obtener noticias, como al velocímetro, temerosos de que su aguja dejara de deslizarse con la premura que ahora lo estaba llevando a cabo.

El «Powerful», lanzado a una velocidad tremenda, aprovechando hasta el máximo la potencia de sus quince reactores atómicos, surcaba el vacío con un ímpetu que podía haber hecho palidecer de envidia a cualquier meteoro.

De pronto, surgiendo en el aire la sintonía del compartimiento de radar, quedó inundado el puente de mando por una corta melodía de esperanza.

—¡Digan! —se volvió como una centella Diaper hacia la boca de su micrófono.

—Un objeto metálico —respondieron por el receptor, empleando exactamente las mismas palabras que habían usado en la primera ocasión que lo detectaron— se aproxima por estribor.

— ¡Al fin! —suspiró míster Whelding—. ¡Creí que jamás lo podríamos encontrar!

Grudge, afectuosamente, le puso al general una mano en el hombro, como para infundirle coraje para esperar a que el platillo se hiciese visible.

Sin pensar en cerciorarse de si funcionaba ya la televisión, los ingenieros enfocaron con sus prismáticos la parte del firmamento que les acababan de indicar.

De momento, el intenso azul no ofreció a su vista más que sus incontables y lejanísimas estrellas.

Luego, poco a poco, con una lentitud desesperante, una especie de motita que habíase quedado como adherida en el centro de las lentes de los potentes gemelos, comenzó a agrandarse.

—¡Ahí está el platillo! —avisó Trevor Diaper, torciendo ligeramente el cuello—. ¡Rectos hacia él, Prone!

Después de haber mirado con avidez el diminuto objeto, que iba a ser el que les marcaría la ruta en lo sucesivo, George Prone, dejando los prismáticos junto al velocímetro —de donde los cogió febrilmente McDonald Whelding—; asió los sencillos mandos del «Powerful» y lo orientó en la dirección que quería.

Como siempre, nada parecía moverse en el inmenso cielo exterior de la astronave. La falta de puntos de referencia imposibilitaba conocer la pasmosa aceleración que llevaban, únicamente reflejada con exactitud por la aguja del aparato medidor de la velocidad.

Sólo Diaper y el general, con ayuda de los prismáticos, podían adelantarse a los acontecimientos y ver la paulatina variación de tamaño del platillo volante, invisible para Prone y para el técnico en materias nucleares.

—Déjeme los prismáticos —pidió éste, deseando echar una ojeada, a míster Whelding.

El general, que tenía un interés enorme en seguir paso a paso las alternativas de aquella aventura, en la que el príncipe, como tantas otras veces, se estaba jugando la vida, de buena gana se hubiera negado a complacer a Grudge.

Sin embargo, no encontrando la forma de eludir la petición, entregó los prismáticos, siquiera fuera a regañadientes. Y al intentar encender la pantalla de TV sin conseguirlo, dio rienda suelta a su impaciencia. Como el técnico antes hiciera, ya sobre un pie, ya sobre el otro, permaneció moviéndose sin parar hasta que el instrumento óptico le fue devuelto.

En cuanto lo tuvo en sus manos, se lo acercó a los cristales de las gafas como si en ello le fuera la vida.

Ahogando una enojada exclamación al comprobar que Grudge se los había desenfocado, procedió a toda prisa a acondicionar otra vez los prismáticos para su vista.

Las borrosas imágenes del punteado de estrellas se aclararon hasta quedar nítidamente dibujadas en las lentes, a cuyo través vio ya el general el platillo volante castaño.

Agrandándose sin cesar, la nave redonda, como si su oscuro color se debiera a alguna sustancia fluorescente, destacaba en el éter.

El «Powerful» se le estaba echando encima materialmente. Sería cuestión de breves minutos el encontrarse a su misma altura.

«¡Y luego…!» —pensó Mc Donald Whelding, apretando las mandíbulas y brillándole los ojos.

La sintonía del compartimiento de artilleros, de un corto y melódico tajo, interrumpió el bélico pensamiento del inquieto

general, que estaba dispuesto a abrir en canal, por lo menos, a cuantos hubieran tenido la audacia de tocar aunque sólo fuese un pelo de Su Alteza.

—Las cargas están preparadas —dijo el jefe de los artilleros, refiriéndose a las dos, de un sexto de *megatón*, que desde mucho antes tenían dispuestas para su uso. Y añadió, como extrañado de no recibir la orden—: ¿Las lanzamos sobre el platillo?

— ¡No! —gritó Trevor Diaper, sobresaltado—. ¡No disparen, que el príncipe debe estar a bordo!

Lo estaba, en efecto. Entonces mismo, abriéndose una escotilla alargada y estrecha en el suelo de la aplastada nave, salió por ella un hombre, con escafandra y vestido con el inconfundible equipo gris de todos los miembros del «Powerful». y de pie en el fuselaje comenzó a agitar los brazos.

No había en sus movimientos desesperación ni impaciencia. Eran ademanes suaves, lentos, como de tranquilo saludo de bienvenida, que infundieron a los tripulantes del «Powerful» la calma que tanto estaban necesitando.

— ¡ Ahí está Su alteza! —rió mister Whelding, dejando junto al velocímetro los prismáticos, inservibles ya, puesto que se hallaban a muy escasa distancia del platillo, y poniéndose a dar saltos de contento. Y, en el colmo del entusiasmo, repitió una y otra vez: —¡Ahí está Su alteza! ¡Ahí está Su alteza!

—Cálmese —le dijo Grudge, temiendo que le fuese a dar un ataque, de nervios, que tal era su excitación—. Es lógico que esté en el platillo.

—Sí —metió baza Diaper, contestando a la par a los saludos que le estaban haciendo—; es lógico que esté. Al alejarnos nosotros —agregó, depositando con la mano izquierda sus prismáticos en el tablero de instrumentos—, como ya imaginábamos, lo han recogido los del platillo volante.

—No son, después de todo —adujo alegremente George Prone, saludando también—, tan enemigos como suponíamos. Ahí tenemos al príncipe sano y salvo.

—¡Por fortuna, por fortuna; —exhaló el general un suspiro que debió salirle del fondo del alma—. ¡He pasado los peores minutos de mi azarosa vida! Ni siquiera en la guerra de...

Dejó de hablar súbitamente. Al posar por casualidad la vista en

el velocímetro, se lo señaló a Grudge y le miró luego como implorando una explicación.

Porque es que había notado algo que no era capaz de comprender: Pese a que la aguja del aparato seguía describiendo su círculo sobre la escala graduada, cosa que demostraba claramente la enorme velocidad que los reactores de propulsión comunicaban a la astronave, ni ésta adelantaba al platillo, ni el platillo quedaba atrás, ni ninguno de los dos artefactos parecía moverse.

—¿Qué le sucede? —le preguntó el técnico en materias nucleares, sin comprender la muda interrogación.

Mientras la larga antena que tenía el platillo en su parte superior se alargaba aún más de lo que ya era, Grudge, previa aclaración por parte de MacDonald Whelding de su duda, se la resolvió sencillamente:

—Esa nave —dijo al atónito general— se está desplazando a idéntica velocidad que la nuestra. Y tanto la una como la otra, son algo así como dos átomos perdidos en la distancia.

—En la distancia infinita del espacio —confirmó Trevor Diaper —. De este espacio donde no existen puntos de referencia y donde, por mentira que parezca, los móviles que lo recorren, tan desmedida es la distancia, parecen inmóviles por mucha que sea su aceleración. Ya ve usted, general, lo que ahora mismo sucede: A pesar de que marchamos con movimiento uniformemente acelerado...

— ¡Miren! —le interrumpió Prone—. ¡La antena se está abatiendo sobre el fuselaje del «Powerful»! ¿Qué hacemos, Diaper?

—Calma, calma —repuso el ingeniero—. No estaría el príncipe tan tranquilo como está si pudiera ocurrimos algo malo.

—Desde luego —opinó Grudge—. A mi entender, haría algo para indicarnos el peligro en lugar de estarse ahí como si nada.

George Prone se agarró a los brazos del sillón y se echó hacia adelante.

—¿Y si lo estuvieran amenazando —bisbiseo— desde el interior de la escotilla?

Como si hubiera recibido una bofetada en su tapado rostro, míster Whelding, tambaleándose casi, retrocedió un paso.

—¿Es que no conoce usted a Su Alteza todavía, míster Prone? ¿Acaso no sabe que no hay amenaza capaz de obligarle a hacer lo

que no desee?

—Sí; pero... En fin..., puede que yo esté algo cansado... La posibilidad que he dicho..,

—¡No hay duda de que está usted cansado! ¡Antes de servir de pantalla para ocultar una emboscada, el príncipe se dejaría matar! ¡Amenazas a él! ¡Pues sí...!

Y McDonald Whelding, sin poder disimular la indignación que las palabras del joven ingeniero le habían producido, se irguió en toda su corta estatura dentro del equipó de astronauta y, en tanto que la antena del platillo empotraba su extremidad en unos salientes del fuselaje del «Powerful», con un calor que todos admiraron, prosiguió diciendo:

—Si Su alteza está ahí, es por su propia voluntad. No por miedo a nadie que pueda haber oculto en ningún sitio. No sé si habrá tenido miedo alguna vez, pero lo que sí sé es que jamás lo ha demostrado. ¡Si lo conoceré yo! Recuerdo que en cierta ocasión, en Groenlandia, venía una pareja de osos... ¡Miren, ya saluda a quien haya en el fondo de la escotilla! ¿No les decía yo? ¡Se las pinta solo para trabar amistad con la gente! ¿Ven cómo se agacha? Seguramente va a estrechar la mano de alguien.

—No. no —denegó George Prone—. No se engañe, general. Si no ve bien, coja los prismáticos. El príncipe no va a estrechar ninguna mano.

—A mí me da la impresión de que está tratando de sacar algo —dijo Grudge.

Trevor Diaper meneó afirmativamente la cabeza.

—Así es —confirmó lo manifestado por el técnico en materias nucleares—. Desde aquí veo parte de un aparato...

—¿Cuál? ¿Esa cosa alargada que tiene una gran rueda en la parte superior?

—Efectivamente, general. Y supongo que ahora colocará la rueda encima de la barra metálica que nos han dejado caer cobre el «Powerful», y que se servirá de ella para transbordar.

— ¡Entonces es un transbordador! —admiróse Grudge—. La barra de la antena hará de carril, ¿no es eso?

—Usted lo ha dicho. Claro que, como comprenderán, no estoy todavía muy seguro de no equivocarme. A lo mejor no es un transbordador.

—No tardaremos a salir de dudas.

—Ya está poniendo la rueda en el carril, mister Diaper. Llevaba usted razón.

—¿Cómo lo ha sabido, Diaper? —interrogóle su compañero.

—Simple deducción. Al ver la rueda he supuesto que serviría para hacerla rodar por algún sitio.

—¡Ah, ya! ¿Y por dónde mejor que por la barra de la antena? Está usted hecho un águila.

—Ya se sienta el príncipe en el aparato.

—¡Se sienta, es cierto! ¡Qué valor, qué valor!... ¡Si tiene la mala suerte de resbalar y se cae al vacío...!

—No tema, general —le tranquilizó Trevor Diaper—. Le aseguro que no existe peligro alguno.

—Suponiendo que se cayera, que no puede caerse, porque esa especie de torpedo chato debe pesar lo suficiente para retenerlo, el príncipe no iría a parar más allá del platillo volante o del «Powerful».

—Depende de la distancia a que se encontrara de cada uno cuando la caída sobreviniese, ¿sabe? —explicó, a su vez, Grudge—. Pero no se preocupe, que, como ha dicho mister Prone, no se puede caer.

—Desde luego que no, general.

Poniéndose de puntillas para mirar a la insondable sima del espacio que se veía entre el platillo volante y el «Powerful», McDonald Whelding quedó un instante en silencio.

—¿Y si, a pesar de todo, se cayera? —gimió luego—. ¡Dios mío! ¡No quiero ni pensarlo! ¡Qué golpe, qué golpe!...

Diaper se volvió hacia él.

—¿Golpe? —díjole, extrañado.

—¡Claro! ¡Iría a estrellarse contra la Tierra, y estamos a doscientos mil y pico kilómetros de ella!

Grudge y los dos ingenieros de San Francisco de California se miraron entre sí.

—.No habría tal golpe —habló, por fin, el primero—. No sé lo que es peor, pero muchísimo antes de que el cuerpo de Su alteza llegase a la superficie terrestre, entraría en ignición y se quemaría.

—Eso es —adujo George Prone—. Apenas se pusiera en contacto con la atmósfera, se convertiría en una pavesa humana y no duraría

ni una fracción de segundo.

—¿No ve que sería inmensa la velocidad que habría adquirido durante ese tan largo como hipotético trayecto? La frotación con el aire originaría un calor espantoso y, antes de que pudiera darse cuenta, suponiendo que para entonces aún tuviese noción de algo, terminaría por convertirlo en simples cenizas.

—Comprendo, comprendo. Discúlpeme. Estoy tan nervioso... Yo sólo entiendo de tácticas y de estrategias y de cosas militares, y, para eso, no mucho. Un poco el alfabeto Morse también...

Visiblemente azorado, clavó los ojos en el transbordador.

—¿Qué hará el príncipe, sentado a horcajadas tanto rato? —quiso saber poco después.

—Debe estar aguardando a que se ponga en marcha el mecanismo que lo ha de impulsar.

—¿No podrá ponerlo en marcha él mismo?

—A juzgar por el tiempo, parece como si fuera desde el interior del platillo...

Un chorro de gas, de color verdoso, de igual tono que el de las extrañas «flores» de marras, salió de la popa del transbordador y pareció formar una cinta larguísima que fue a perderse en lo alto del firmamento, más arriba del puente de mando.

La sensación de movimiento se hizo entonces patente. El aire a presión que surgía del pesado transbordador, sin tiempo para disolverse en el éter, mientras la astronave y el platillo volante proseguían juntos y a toda velocidad, se quedaba atrás a ojos vistas.

Y atrás hubiérase quedado igualmente el transbordador, de no haber estado convenientemente sujeto por la antena que servía de carril a su rueda.

—¡¡Agárrese, alteza!! —gritó, estentóreo, el general—. ¡¡Agárrese, alteza!!

Fue un grito inútil, ya que Su alteza no le oía. Pero mister Whelding no pudo contenerse al ver que el transbordador se balanceaba y comenzaba a avanzar, y no sólo gritó, sino que se agarró con todas sus fuerzas al respaldo del sillón que tenía delante.

—¡Ya viene! —exclamó Prone.

—¡Vayamos a la escotilla a recibirle! —propuso Djaper, quitándose rápidamente el cinturón de seguridad—. ¡Usted, Grudge —detuvo el ademán que éste había hecho de marcharse—, hágase

cargo del gobierno del «Powerful»! ¡Manténgalo como hasta ahora!

El general, sin esperar a nadie, corrió hacia la puerta del puente y desapareció por ella.

George Prone, pisándole los talones, se fue detrás.

Y Trevor Diaper, que ya se había levantado, dejó sentándose al técnico en materias nucleares y echó a correr también.

Aunque el gris equipo de astronauta con que se cubría de arriba a abajo le molestaba bastante, no le impidió alcanzar el pasillo y seguirlo desalado hasta llegar a la puerta del ascensor, donde acababan de entrar su compañero y el general, los cuales, quizá sin acordarse de él, no parecían dispuestos a esperarle.

Tan es así, que tuvo necesidad de meter violentamente la punta de su bota en el resquicio que la plancha metálica de la puerta, al correrse para cerrarse, dejaba entre el ascensor y la pared.

—¡De prisa, de prisa! —le mandó McDonald Whelding, como deseando que entrase aun antes de que la puerta estuviese abierta —. ¡De prisa, por favor!

—¡Vamos, vamos! —díjole Prone, quien, más sereno, había hecho retroceder la plancha que cerraba el ascensor.

La subida hasta el nivel donde se encontraba la escotilla más próxima al extremo de la antena del platillo, final del trayecto del transbordador, careció de incidentes.

Sólo mister Whelding, que no podía contener su impaciencia, fue dando pataditas en el suelo hasta que la puerta del elevador se abrió.

En silencio, salieron los tres hombres y, mientras el general se precipitaba a un «ojo de buey», Diaper se proveyó de tres escafandras de plástico.

—Tenga —le alargó dos a George Prone.

Y se puso por la cabeza la que se había reservado para su uso personal.

—¡Ya está ahí Su alteza! —dijo McDonald Whelding—. ¡Mi escafandra, mi escafandra!

—Téngala, general. No se exalte, que dentro de un segundo estaremos en el compartimiento estanco y tendremos al príncipe entre nosotros.

Él aludido fue a decir algo, pero el muchacho, que le dominaba en estatura, le encasquetó la escafandra y se puso a atornillársela

sin contemplaciones.

Trevor Diaper, por su parte, metió por la cabeza de Prone la que éste tenía en la mano y, al tiempo que se encogía para que el general alcanzase a hacer otro tanto, estiró los brazos y fue apretando los tornillos que había para impedir que la escafandra se moviese.

Durante un minuto, dedicados a esta operación, que debían realizar meticulosamente, ya que de ella dependía el que pudieran conservar la vida en el exterior de la nave intersideral, parecieron olvidarse de todo.

Pero apenas se dieron en la espalda la palmada que servía para indicar la terminación total de la maniobra, saltaron hacia la puerta del compartimiento estanco y la abrieron.

Ya no podían dirigirse la palabra. Estaban absolutamente aislados. En lo sucesivo tendrían que valerse de señas —convenidas de antemano— para comunicarse entre sí.

Prone hizo a Diaper la muda indicación de que se quedase a cerrar la puerta del compartimiento estanco, y avanzó hacia la escotilla con el general.

«¡Vamos a abrirla, vamos a abrirla!» —pensó éste.

Y se abalanzó hacia ella con la sana intención de franquearla. —

— ¡No! —denegó el joven ingeniero, meneando la cabeza y agarrando las manos a mister Whelding. Y pensó:

«¡Este hombre no se da cuenta de que hay que cerciorarse de que la puerta del compartimiento está cerrada!»

— ¡Ah! —gruñó el general, exclamación que, naturalmente, no resultó audible fuera de su plástica escafandra.

Y, como es de suponer, tampoco se oyó su pensamiento:

«¡No me acuerdo de nada, pero es la impaciencia, que experimento, que no me deja en paz!»

George Prone, al ver que Trevor Diaper había concluido de cerrar el recinto donde se hallaban, soltó las manos a McDonald Whelding.

«¡Menos mal! —se dijo éste—. ¡Si tarda un poco más a soltarme, le doy una patada! ¡Me estaba haciendo daño!»

Junto con Diaper, que ya se había acercado a la escotilla, fue coser y cantar abrirla entre los tres.

«¡Qué engorro, qué engorro!… —reflexionó, no obstante, el general—. ¡Con lo sencillo que resulta abrir la puerta de mi caja de caudales!»

Y dando la última vuelta a la ruedecita que le había correspondido, estando ya los dos ingenieros esperándole, siempre «in mente», suspirando, agregó:

«¡Al fin!»

Prone agarró con su enguantada diestra una especie de tirador que había en lo alto de la escotilla, cerca del dintel, y Diaper oprimió un pulsador.

Sin aparente esfuerzo por parte de nadie, la superficie de la puerta giró sobre sus goznes.

¡Estaban al borde del vacío!

«¡Mi madre! —se dijo mister Whelding, que no podía quitarse de la cabeza la idea de las «caídas»—. ¡Si se cae uno por aquí…!»

Pero dominando su absurda aprensión, se asomó al exterior.

«Ya viene Su alteza —siguió pensando—. ¡Hay que ver qué hombre! Resulta elegante hasta con el equipo de astronauta. ¡Es que el color gris le sienta muy bien! Siempre le ha sentado muy bien. Sobre todo para practicar la equitación. Da la impresión de que el transbordador es un caballo…»

Sacando fuerzas de flaqueza, salió entre Diaper y Prone por la escotilla sin dejar de pensar:

«A mí tampoco me quedan del todo mal estas estrafalarias vestiduras aisladoras. Claro que el gris, ya a mis años… Pero no estoy mal del todo. Porque soy algo pequeño, que si no… ¡Los que están hechos una verdadera birria son mister Prone y mister Diaper!»

Caminando como iba, sin osar adelantar un pie hasta que no tenía la seguridad de que el otro estaba perfectamente apoyado, dejó que los ingenieros se adelantaran.

«¡Qué larguiruchos son! —continuó pensando y andando por el fuselaje del «Powerful»—. El gris no Íes sienta, no…»

Miró sin darse cuenta a su derecha, que era desde donde veía el abismo azul a sus pies, y sintió un estremecimiento de horror.

Aquello no parecía «nada». Era de un azul de aspecto tan denso, tan sólido, tan palpable, que estuvo seguro de que si se ponía de rodillas y estiraba el brazo lo tocaría.

Sintiéndose mareado, se detuvo y cerró los ojos. No se sentía con fuerzas para seguir a los ingenieros.

Tampoco quería marcharse por donde había venido. Deseaba ardientemente esperar el instante de que el transbordador arribase a su destino.

«Que me perdone Su alteza —rogó con el pensamiento— por no llegar hasta allí a recibirlo. Pero si doy un paso más, me caigo. ¡Y si me caigo…!»

Y abriendo los ojos, se sentó.

Se le antojó que la inmensidad del cielo se le derrumbaba encima. Y que las brillantes estrellas que lucían a lo lejos le hacían picarescos guiños, como mofándose de su humana debilidad.

Rodeado de vacío, envuelto en el negro-azul del inconmensurable espacio, incapaz ya ni de pensar para distraer la imaginación y alejar de su espíritu el miedo —como había venido haciendo—, McDonald Whelding encogió las rodillas, metió la escafandra entre ellas y se la tapó con los brazos.

CAPITULO VII

LA AÑAGAZA DE PRONE

CUANDO el general sintió los ligeros golpecitos que le dio George Prone en la espalda, volviendo a la realidad, no tuvo más que un pensamiento:

«¡Ponedme en pie...! ¡Ponedme en pie para dar un abrazo a Su alteza!»

Decidido a dar la cordial bienvenida que pensaba al príncipe, levantó la escafandra y se quedó mirando a un hombre que estaba, a su vez, observándolo impávido a través de sus gafas y de su escafandra de plástico, con las piernas abiertas.

Mister Whelding, sintiendo como una descarga eléctrica en todo el cuerpo, miró después, sucesivamente, a !os dos ingenieros de San Francisco de California.

«¡Diablo! —se dijo, recuperando el dominio de sí mismo como por ensalmo—. ¡Este individuo no es el príncipe!»

Ayudado por Diaper y Prone, se puso trabajosamente en pie.

«¡Sí, parece, parece...! Pero hay en él un no sé qué... Desde luego, la semejanza se debe al gris equipo de astronauta que viste. Porque el equipo pertenece a Su alteza, eso ni que decir tiene. Mas esa postura...»

Echaron a andar. A hurtadillas, mister Whelding no hacía más que estudiar al presunto James Archibald Randolph.

«¡Ese exagerado contorneo que tiene al caminar, no es propio de Su alteza!»

Cogió del brazo a Trevor Diaper y trató de quedarse atrás, de rezagarse con él, pero el ingeniero, sin comprender, suponiendo que le pedía ayuda, asiéndole de la mano con que le estaba agarrando, tiró de él en dirección a la escotilla, para llegar a la cual, deshaciendo el camino de la ida, tenían que rebasar un pequeño resalte del fuselaje de la astronave.

«¡Desde luego, no, no, no...! ¡No es él!»

Aunque no quiso hacer la señal de peligro, porque sabía que no iba a tener medios de expresar sus sospechas de que aquel hombre no era el príncipe de Cracotania, el general, sumido en un mar de confusiones, reflexionando sin parar, dio otro paso:

«No me ha saludado... ¡Pero yo tampoco a él! De eso no me puedo fiar. ¡No me ha ayudado a levantar, eso es, eso es! Los dos ingenieros me han dado la mano, y él ni siquiera se ha movido. ¡ Ha permanecido indiferente, como si no me conociera'! ¡Y apuesto a que no me conoce!»

Sin pensárselo dos veces. McDonald Whelding tuvo una idea que le pareció plausible. Por lo menos, a pesar de que todos se encontraban aislados por completo, estuvo seguro de que podría decir a mister Diaper cuanto quisiera.

Y que éste conseguiría responderle. Y todo, sin que se enteraran ni el hombre desconocido ni el propio mister Prone, no obstante marchar ambos al lado de los dos.

Haciendo presión con los dedos en la mano que el ingeniero le tenía sujeta, fue transmitiendo en Morse:

«MISTER DIAPER... MISTER DIAPER... ESCUCHEME... ESCUCHEME... ESCUCHEME...»

El aludido, al sentir a través del guante los reiterados movimientos de los dedos del general, extrañado no supo, de momento, a qué atenerse.

Pero ante la insistencia de mister Whelding, que no dejó ni por asomo de transmitir, no tardó a caer en la cuenta de lo que se trataba.

«ES I M P O R T A N T E... —prosiguió deletreando mister

Wheldin g, asintiendo con la cabeza— ES IMPORTANTE... ES IMPORTANTE...»
«DIGA —respondióle, al fin, por el mismo método, el perplejo ingeniero—. E S C U C H O.»
«SOSPECHO QUE EL HOMBRE QUE NOS ACOMPAÑA NO ES SU ALTEZA.»
«REPITA —repuso Trevor Diaper, seguro de no haber captado correctamente el largo e increíble mensaje—. R E P I T A.»
«NO ES SU ALTEZA —limitóse esta vez a decir el general, en la creencia de que así no dejaría de ser comprendido. Y aún, para asegurarse, repitió, tan rápidamente como hasta allí—: NO ES S U A L T E Z A.»
Diaper se fijó disimuladamente en el hombre que había llegado en el transbordador. Y lo mismo que a mister Whelding, también le chocó la considerable afectación con que movía los hombros y las caderas.
Ni corto ni perezoso, con el firme propósito de comprobar si el color de las pupilas coincidía, al menos, con el de las del príncipe, le tocó en el pecho con la mano libre.
El hombre se volvió. Sus pupilas, sin ningún género de duda, si no eran del mismo color azul claro que las del ex soberano de Cracotania, cosa que no podía juzgarse con absoluta exactitud por causa de la escafandra y de las gafas, eran de una tonalidad muy semejante.
Pero en lo referente a la manera de andar no había vuelta de hoja. Y al buen entendedor...
«SEA O NO —comunicó el ingeniero al general—, NO CONVIENE QUE SE PERCATE DE QUE HEMOS DESCUBIERTO LA, SUPERCHERIA. MANTENGANSE ALERTA. DEBE SER UN TRIPULANTE DEL PLATILLO.»
«—¡Naturalmente! —pensó McDonald Whelding en el momento en que Trevor Diaper, como el que no quiere la cosa, se llegaba a donde estaba George Prone y le cogía de la mano, inequívoca señal de que iba a proceder a transmitirle la noticia—. ¡Un tripulante del platillo! ¿Cómo no lo habré pensado antes? ¡Pues como el príncipe no dé señales de vida, este fantasmón las va a pagar todas juntas!
El hombre que se hacía pasar por James Archibald Randolph —valiéndose de que tenía su misma estatura e igual color de ojos y de

que el gris equipo de astronauta tapaba el resto del cuerpo—, ajeno a cuanto ocurría, iba caminando entre los dos ingenieros, motivo por el que no dejó de notar la acción de Diaper.

Mas no debió concederla importancia, pues continuó impertérrito hacia la escotilla del compartimiento estanco, del cual no les separaban ya más de tres o cuatro pasos.

Mister Whelding, al quedarse sin el apoyo del ingeniero, tuvo algo similar a un desfallecimiento pasajero.

Y seguramente, de no haberse hallado tan cercana la meta, habría tenido que volver a sentarse en el fuselaje del «Powerful».

Le anonadaba la solemne grandeza del espacio. Le empequeñecía en tan sumo grado, que le cortaba la respiración.

Mas, por suerte, llegado ya a la puerta, se agarró a la jamba y penetró tambaleándose en el compartimiento estanco.

Allí era otra cosa. Entre las cuatro metálicas paredes se sentía seguro.

Por no quedarse en un mudo aparte con el hombre que les acompañaba, aparte que hubiera sido un verdadero duelo de miradas, se puso a hacer que ayudaba a los ingenieros a cerrar la escotilla.

Y en cuanto éstos hubieron realizado el trabajo, volvió a hacer que hacía en la puerta del interior de la astronave.

Sin que casi se diera cuenta, se encontró destornillando la escafandra de plástico de Trevor Diaper, quien, a su vez, con una sangre fría admirable, atendía al desconocido, el cual se encargaba de George Prone, y éste, por último, de la suya.

No sabía McDonald Whelding qué giro iban a tomar los acontecimientos.

Y Diaper tampoco debía saber cómo encauzarlos, porque, siguiendo su inveterada costumbre, no bien estuvieron sin escafandras, carraspeó al llevarlas a su sitio de un brazado.

Fue Prone el que, riendo, rompió el embarazoso silencio.

—¡Bueno, amigo Anthony —dijo, tirándole al desconocido del tubo del oxígeno con una confianza asombrosa—, ya estás, otra vez entre nosotros! ¿Qué cal te han tratado los del platillo?

—¡Hum! —repuso el hombre.

—¡Caramba! —prosiguió riendo el ingeniero—.

¡Pues no has vuelto locuaz ni nada! ¿Es que no te encuentras

bien?

—Yes, yes —volvió a hablar el hombre.

—Anda, anda —le puso George Prone una de sus manos en la espalda—. Habla entonces y déjate de pamplinas.

Pero no le dio tiempo a responder. Encarándose con Trevor Diaper, le espetó:

—Profesor Stewart, haga el favor de abrir la puerta del ascensor que vamos a bajar.

Diaper, enarcó las cejas, por debajo de las gafas e hizo lo que su compañero le indicaba.

Por raro que pareciera, cuando el muchacho deseaba bajar con el hombre a las entrañas de la astronave, por algo sería.

Claro que a Diaper le resultaba imprudente aquella manera de obrar, pero se guardó muy mucho de manifestarlo. Para él, el caso se resolvería mejor allí mismo. Eran tres contra uno. Todas las probabilidades de vencer estaban a su favor.

Entraron en el ascensor y Prone, siempre con una de sus manos en la espalda del desconocido, a quien seguía llamando Anthony, lo puso en marcha.

Mister Whelding, comprendiendo el juego que se traía el joven ingeniero, había adoptado una postura nada distinguida ni elegante, pero que quería demostrar indiferencia.

Y con un codo apoyado en el tabique del ascensor y el puño apretado en el pómulo izquierdo, entre las gafas y la mascarilla, esperó con los pies cruzados a ver en qué paraba aquella especie de terrible broma.

Terrible, porque la vida del príncipe de Cracotania dependía, seguramente, del resultado de la en apariencia estúpida charla de George Prone.

«Anthony», como si la cosa no fuese con él, no pronunciaba más que monosílabos.

—No te hagas ilusiones, Anthony. No nos alegramos de volverte a ver el pelo.

—¡Oh!

—No supongas que te apreciamos. Si hemos gastado energía atómica, no ha sido para regresar a buscarte, sino para seguir cerca del platillo.

—¡Ah!

—Monsieur Leriche —le habló Prone al general, cuando el ascensor se detuvo—. Corra al puente y mande de mi parte al signore Picolini que lo desaloje.

McDonald Whelding, dejándose llevar por el plano inclinado que las palabras del ingeniero le marcaban, aun sin comprender sus motivos, contribuyó a internacionalizar los nombres de cada cual.

Acató muy serio la orden, diciendo:

—De acuerdo, herr Fleischner.

«Herr Fleischner» sonrió debajo de la mascarilla al ver que el general no sólo no protestaba, sino que contribuía a que su plan se desarrollase a medida de sus deseos.

Deseos que no eran otros que los de confundir a la tripulación del platillo volante. Aquel hombre, a quien él había bautizado con el nombre de Anthony para dar a entender que el príncipe se llamaba así, bajo los pliegues del gris equipo de astronauta que vestía, llevaba una emisora de radio en la espalda.

Por lo tanto, los receptores que estuvieran sintonizados con ella en el platillo, recogerían cuanto se hablase en el «Powerful».

Había, pues, que hablar poco y al revés.

Y esto era lo que estaba haciendo George Prone; Quitar importancia a la personalidad de Su alteza, tuteándolo y tratándolo con inusitado desprecio.

Y hasta insultándole alguna que otra vez. El caso era hacer creer que allí, en el «Powerful», era el último mono.

—¡Eres un mentecato, Anthony! —le gritó el joven cuando el hombre dio un traspié al enredarse con la cuerda del «teléfono» del general, que todavía estaba tirada en el suelo del pasillo—. ¡Sigues tan idiota como siempre! ¿Cómo se nos ocurriría traerte con nosotros?

—¡Oh, oh...! —exclamaba a cada nueva invectiva el tripulante del platillo, que se había arrodillado para desenredarse.

— ¡Cuánto mejor hubiera sido haberte dejado que siguieras fregando platos!

—Yes.

Desde luego, aquel individuo no sabía hablar en inglés. Ni en francés, ni en italiano, ni en alemán. No había demostrado la menor alteración cuando, en sucesivas veces, se habían ido pronunciando nombres en estos, idiomas.

Desembarazado de la cuerda, el hombre se levantó del suelo y prosiguieron caminando.

Prone, conociendo ya la existencia de la emisora portátil, le había quitado la mano de la espalda.

El riesgo más feroz flotaba en el pasillo. El ingeniero sabía que estaba jugando con algo infinitamente más peligroso que la dinamita: Con la energía nuclear.

Porque el tripulante de la nave redonda no podía dejar de llevar algún arma, que sería radiactiva a todas luces, y, si se encolerizaba, no dejaría de hacer uso de ella.

Pero debía arriesgarse y continuar hablando en el mismo tono despectivo con que lo venía haciendo. Los que lo oyeran, sean quienes fueren, debían sacar la conclusión de que el príncipe no merecía la pena de que se molestaran en tenerlo prisionero.

Y a lo mejor, hasta podrían canjearlo por el prisionero que ellos acababan de capturar, ya que prisionero podía considerarse el que quería hacerse pasar por el príncipe.

Prisionero, aunque no se lo hubieran dicho ni él pareciera notarlo. Aunque no le encañonaran con ningún arma y aunque no le tuvieran encerrado.

Estaban llegando a la puerta del puente de mando.

Trevor Diaper, que no intervenía por no saber qué decir, carraspeaba de tiempo en tiempo. A él le estaba resultando muy arriesgado llevar a aquel hombre al puente, donde iba a ver muchos de los secretos del «Powerful».

Para George Prone, sin embargo, aquello carecía de importancia: Si Grudge cumplía al pie de la letra la indicación del general, el individuo no vería nada.

El técnico en materias nucleares sabía muy sobradamente lo que significaba «desalojar el puente».

A pesar de que Diaper no lo recordaba, en el código secreto de la astronave figuraban una serie de términos clave, encaminados a hacer que todos sus tripulantes, llegado el ca'so, pudieran entenderse entre sí sin levantar sospechas en las personas ajenas que los escucharan.

«Desalojar el puente» significaba...

Como una centella, Grudge, que esperaba al lado de la puerta con una gran lona extendida, se echó sobre el desconocido y, sin

darle lugar no sólo a defenderse, sino ni siquiera a respirar, le cubrió con ella.

El tripulante del platillo volante se debatió con energía, pero el general y Prone y hasta el mismo Trevor Diaper, que habíase dado cuenta por fin de lo que su compañero había tramado, contribuyeron a sujetarle.

En breve, amarrada ya la lona por sus cuatro puntas, se levantaron los cuatro hombres del suelo, sudorosos y lanzando resoplidos.

— ¡Uf! —exclamó el técnico en materias nucleares, bien lejos de imaginar que sus palabras iban a hacer que se condenara a muerte a Su alteza—. ¡Ya te tenemos, maldito! ¡Te equivocabas si creías que nos ibas a engañar!

Cuando George Prone quiso impedir que hablara, ya era demasiado tarde.

La voz de Grudge debía haber sido escuchada en el platillo, el cual aún estaba cerca del «Powerful», desplazándose por el espacio a idéntica velocidad que él y con la barra del carril del transbordador en posición horizontal.

CAPITULO VIII

LA MUERTE FLOTA EN EL VACIO

EL resplandor de las chispas que surgían del suelo, James Archibald Randolph, sin dejar de percibir el intenso olor a humo y a goma quemada y a cuero, lo primero que hizo fue cubrirse la cara y la cabeza con las gafa's y el casco del hombre a quien había atacado.

Sin titubeos, con una tranquilidad que decía mucho en favor del dominio que ejercía sobre sus bien templados nervios, fue luego, poco a poco, desvistiendo sin parar al caído.

Y cuando le hubo quitado del todo el negro equipo de astronauta, ahogó la exclamación de asombro que estuvo en un tris de salir de sus reales labios.

Aquel individuo, salvo un taparrabo similar al que a él mismo le habían puesto, pero de piel de león, no llevaba ropa debajo del aislador negro.

Estaba semidesnudo. Porque no podía calificarse como ropa a la pequeña y extraplana emisora de radio que tenía en la espalda, perfectamente adaptada a ella y sujeta con estrechas correas que, pasándole por las axilas, iban a terminar, rodeando la cintura, en una exótica hebilla de oro macizo.

Mirándola estaba Su alteza, y asegurándose el tubo del oxígeno delante de la boca, cuando las chispas dejaron de brotar por los orificios del circular piso del recinto, en cuya puerta oyóse un ruido que dominó una fracción de segundos a los chirridos y chasquidos que se seguían oyendo.

Dispuesto a todo, James Archibald Randolph miró a la puerta. El metálico panel, que se había mantenido abierto hasta aquel instante, habíase deslizado, como para cerrarse, y había llegado a ponerse en contacto con la tapa del prisma, cosa que, amén de abollar considerablemente a ésta, debía haber ocasionado la súbita paralización de la producción de chispas de colores.

Rápidamente, tirando el vertical prisma al suelo, metió en él al desnudo e inconsciente tripulante del platillo.

El cese de la formación de chispas no podía haber dejado de repercutir en algún aparato de la nave.

Era, pues, más que seguro que alguien viniera a investigar lo sucedido.

Y era preciso que entrara confiado.

Conque levantó la lata hasta ponerla de nuevo en posición vertical, con lo que el hombre que iba en el interior cayó al fondo y desapareció de la escena.

Muy a tiempo, por cierto.

Otro hombre, equipado asimismo de negro, penetró en la cilíndrica habitación por el hueco que la tapa del prisma dejaba en la puerta.

Y ésta, como si el recién llegado hubiese accionado el mecanismo que la franqueaba y, luego, sin notarlo, debido a la prisa que traía se hubiera lanzado como un loco a atravesarla, sin concederle margen para funcionar, se abrió hasta alcanzar el máximo.

Dos hombres más, vestidos de negro también, se quedaron de pie en el umbral.

El príncipe, que ya estaba preparado para abalanzarse sobre el primero, contuvo su furia.

Hubiese sido suicida entablar un combate con aquellos tres corpulentos individuos, uno de los cuales, sobre todo, era un coloso en todo el sentido de la palabra.

A juzgar por su extraordinaria estatura, debía ser el que tan

mala acogida le había dispensado a su arribada, al platillo volante, cuando le asió como si fuera una pluma y lo puso cabeza abajo.

James Archibald Randolph, como buen estratega que era, comprendió lo inapropiado del momento para luchar.

No porque temiese al gigantón, que no le temía, sino porque sus enemigos se hallaban excesivamente separados unos de otros.

Aun pudiendo eliminar sin dificultad al que tenía más cerca, los otros dos, aunando sus esfuerzos, por mucho «judo» y «jiu-jitsu» que él empleara, acabarían por reducirle.

Y no podía exponerse a un fracaso. Se había propuesto adueñarse de la nave, aunque sólo fuera para dar una lección a sus tripulantes, y no lo conseguiría más que yendo sobre seguro.

Impaciente, aunque sabía que ninguno de los tres individuos tenía idea de que no era su compinche el que estaba dentro del negro equipo de astronauta, esperó junto al prisma del metal a que se le acercara el que acababa de entrar.

—¿Qué ha pasado aquí, Twongo? —le dijo éste, en una jerga que le trajo a la memoria sus andanzas por el Continente Negro, y que en el acto identificó como suahelí, especie de esperanto que usan los nativos desde Abisinia hasta Tanganica, pasando por el África Oriental Inglesa—. ¡Se ha oído un ruido metálico!

Sin pronunciar ni una sílaba, el príncipe apuntó con el dedo a la tapadera del prisma.

Y se dirigió hacia ella para no tener que dar explicaciones.

Imitando dentro de lo posible los zafios ademanes da su interlocutor, mientras éste soltaba una brutal carcajada que fue coreada por los de la puerta, se agachó a los mismos pies de estos últimos y se apoderó de la improvisada arma.

Como un rayo, la ocurrencia de encerrar a los tres hombres en el cilíndrico recinto del platillo, le cruzó la mente.

De haberse apartado entonces de la salida los dos que la guardaban, a buen seguro que la hubiera llevado a la práctica.

Pero no se retiraron.

No obstante haber transcurrido tan sólo unos cuantos segundos, pareciéndole que se estaba retrasando a ponerse en pie, se apresuró a hacerlo.

—¡Te lo has dejado caer! —volvió a hablar el individuo de antes, siempre en suahelí.

James Archibald Randolph asintió en silencio.

—¡No importa! ¡Anthony tiene que morir! ¡Han capturado a Bukhari!

«¡Pobre Anthony! —pensó Su alteza, sin saber quién sería y sin imaginar ni remotamente que el amenazador astronauta, confundido por lo que debía haber oído decir a través de la emisora del llamado Bukhari, en el «Powerfui», a «herr Fleischner» —léase George Prone—, se estaba refiriendo a él.»

—¡A ver! —continuó el hombre, levantando como de costumbre la voz por encima de los chasquidos y chirridos—. ¡Dejadme que lo contemple por última vez!

Y ante la extrañeza del príncipe, que no se esperaba aquello, dio una gráfica patada a la lata.

«—¿Yo... Anthony? —díjose Su alteza—. En verdad que no lo entiendo. Este buen señor está en un error, pero no seré yo el que le saque de él.»

Los dos hombres de la puerta, dejando expedita la salida, pasaron ante él y se dedicaron a inclinar el prisma!.

El momento era pintiparado para marcharse y dejarlos con tres cuartas de narices.

Pero James Archibald Randolph vio que ahora no tenía ninguna causa que justificase el dejar de atacarlos.

Estaban reunidos y a su lado mismo.

Diciéndose que, Anthony o no, a quien tenían intención de matar era a él en realidad, tomando el caso como uno de defensa propia, tiró la tapa de la lata al más alto, a quien alcanzó en la cara, y después, agarrando por las respectivas cabezas al que había estado hablando y al más pequeño, se las juntó tan bruscamente que los dos, aturdidos por el Inesperado golpe, se tambalearon.

No esperaba el príncipe de Cracotania que se cayera ninguno, que la resistencia del hombre que estaba en la metálica prisión ya le hacía suponer que los demás también tendrían la cabeza dura.

Por otra, parte, cubriéndose como se cubrían con sendos cascos de tela aislante, era casi imposible derribarlos.

Más como hemos dicho, él no lo esperaba.

Ni tampoco lo pretendía, añadiremos ahora, sino solamente inutilizarlos el tiempo suficiente para poder hacer al gigantón alguna otra «caricia», en agradecimiento a la «amable» forma que

había tenido de comportarse con él.

El coloso, como un toro, se lanzó al ataque.

James Archibald Randolph, tranquilo, esquivando ágilmente la acometida, a la par que aprovechaba el suave movimiento de cintura para propinar una patada en el pecho al hombre más próximo, le descargó el puño en la nuca al pasar.

Y viéndolo ir a estamparse en la cóncava pared, cogió con increíble facilidad al individuo restante, lo levantó por encima de la cabeza, y luego, poniendo en tierra la rodilla izquierda, lo dejó caer, de espaldas, sobre la derecha.

Apenas pudo estarse a observar el demoledor efecto del golpe. El gigante, con las manazas abiertas, avanzaba por el centro del recinto.

Sin acaloramientos de ningún género, lo esperó sin moverse del sitio.

Uno de los vidrios de las gafas del energúmeno estaba roto.

El que había llevado la voz cantante, con las palmas de sus enguantadas manos apoyadas en la pared, parecía confiado de que su compinche no precisaba su ayuda.

Y el otro, aquel a quien había dado la patada en el pecho, se estaba recuperando.

Uno de los pies de Su alteza Chocó con la tapadera de la lata. Desistiendo de su anterior intención de colarse por debajo de los brazos del gigantón, agachóse velozmente y se apoderó de nuevo de ella.

Incorporándose de un vertiginoso salto, golpeó al coloso en donde menos podía éste esperar: En los dedos de una de sus manos.

El hombre profirió un aullido de dolor que dominó los chirridos y los chasquidos, y retiró el brazo.

Pero como diera un paso más, con el otro alargado todavía, el príncipe repitió la operación con éste.

A raíz de entonces, James Archibald Randolph, que ya habíase estado moviendo con pasmosa celeridad, dio la impresión de convertirse en un torbellino.

Saltando de acá para allá, ora golpeando con el canto de la tapa al hombre, ora al individuo de la pared, ya lanzando de paso alguna que otra patada al que se estaba recuperando en el suelo, logró adueñarse de la situación.

Y cuando sus perplejos enemigos quisieron reaccionar, ya era tarde. Tarde para ellos.

Su alteza, con la reiterada frecuencia del que clava un clavo, descargó repetidamente la cada vez más abollada tapadera en la cabeza del gigante, quien, sin que le valieran de nada sus evidentes propósitos de eludir la lluvia de golpes que se le estaban viniendo encima, acabó por caer de rodillas.

Con un postrero y rotundo porrazo, el príncipe, a la par que acertaba con su bota en una de las espinillas del hombre de la pared, lo sumió en la inconsciencia.

Después, con el hercúleo tripulante del platillo ya fuera de combate, fue coser y cantar dejar dormidos a sus dos presuntos asesinos.

James Archibald Randolph no se entretuvo en el ruidoso recinto cilíndrico. Lo abandonó con activa calma e hizo funcionar desde fuera el resorte que cerraba su resistente puerta, la cual, obediente, se corrió así que hubo pulsado el botoncito de porcelana blanca que había junto a ella.

A paso de todo, apretando en la diestra la metálica tapa de la lata, Su alteza recorrió de punta a cabo el solitario pasillo semicircular que tenía ahora debajo de sus pies.

Todo estaba en silencio. Ya no se oían las desapacibles estridencias de los chasquidos y de los chirridos.

Un pulsador de porcelana, igual que el que le sirviera para cerrar la puerta anterior, llamó su atención.

Lo apretó. Un panel convexo se echó a un lado sin producir el menor roce.

Quedó al descubierto un ascensor. Sin dudar, el príncipe de Cracotania se metió en él y, audazmente, tras cerrar la puerta, lo puso en marcha.

Iba hacia arriba. Hacia la encristalada cúpula, donde adivinaba el puente de mando del platillo volante.

La ascensión fue muy breve. Y apenas el ascensor abrió su puerta en la cúpula, casi antes de fijarse en el hombre que había sentado ante el tablero repleto de instrumentos, vio por los cristales, francamente sorprendido, el estilizado fuselaje del «Powerful».

—Ese Anthony era un pelagatos, Twongo ——le dijo en suahelí el hombre del tablero, que llevaba el consabido equipo negro,

volviéndose a medias en el sillón—. Creo que hemos hecho mal en eliminarlo. Bukhari valía más que él. Debíamos haberle canjeado…

James Archibald Randolph, que había ido aproximándosele, no esperó a enterarse de ninguna más de las para él incomprensibles palabras que estaba pronunciando aquel individuo.

Sin andarse por las ramas, le dio un fortísimo golpe con la tapa del prisma metálico.

Y repitió, porque aquella cabeza tampoco tenía los huesos débiles.

No sabiendo qué hacer con el piloto del platillo, optó por amarrarle al mismo sillón que ocupaba, cosa que procedió a hacer sin que nadie le molestase.

A través de la cúpula distinguió al general y a Diaper y a Prone y a Grudge en el puente de mando de la astronave, y les saludó moviendo los brazos.

Pero recordó que no le había sido posible a él mismo descubrir nada de lo que había en el interior de la cúpula, y desistió, seguro de que no conseguiría darse a ver.

Buscó una emisora de radio y no encontró ninguna entre los aparatos del tablero, ni tampoco receptor.

Reflexionando que aquella ausencia de receptores debía ser el motivo de que la tripulación del platillo volante no hubiera contestado a las llamadas del compartimiento de radio del «Powerful», tuvo la idea de palpar la espalda del inconsciente piloto.

Y tocó la emisora que esperaba. Aquella gente no había previsto la posibilidad de encontrarse con otras naves en el vacío y no llevaban, por tanto, más que emisoras particulares, destinadas a comunicarse entre sí.

Conque diciéndose que si al mentado Bukhari la había capturado alguien que estaba relacionado con Anthony, o séase con él, los captores tenían que ser forzosamente sus amigos del «Powerful», por ver si por casualidad le oían, habló con la boca pegada a la espalda del piloto:

—Atención, atención, atención… —dijo, mirando desde la cúpula el efecto que sus palabras podían producir en el puente de mando de su astronave—. Si me oyen, respondan.

Trevor Diaper, George Prone y el general y Grudge, como si

hubieran recibido sendos pinchazos, se volcaron materialmente en un gran bulto que estaba en un rincón,

«—¡Le oímos, le oímos, Alteza! —chilló míster Whelding—. ¿Desde dónde está hablando?

—Desde el platillo volante. Díganme cómo puedo ir a reunirme con ustedes.

—Emplee un transbordador de rueda, colocándolo sobre la barra de una especie de antena que hay…

Aunque vio gesticular a Diaper como si continuase hablando, no pudo captar ya ni una sílaba de lo que le estuviera explicando.

Bukhari debía haber cortado la comunicación.

—Un transbordador —pensó—. Pues tengo que encontrarlo. Como es de suponer, tiene que hallarse en las proximidades de las escotillas. Y las escotillas no pueden estar más que en el borde del platillo.

Separándose del piloto, echó una mirada circular por la cúpula. En el tablero que el piloto tenía delante había multitud de aparatos; debajo del asiento, una escafandra; y a ambos lados del ascensor, dos túneles que iban a perderse en las entrañas del platillo.

Se decidió a penetrar por uno cualquiera. Tenía el suelo inclinado y era recto, como si fuera un radio de la circunferencia de la nave. A poco, unos treinta pasos más allá, desembocó en otro, circular éste y tan angosto como el anterior, pero con el suelo horizontal.

Sin tropezarse con alma viviente, lo siguió con sumas precauciones. Aquel pasillo estaba iluminado por una claridad leve, difusa y que —salvo un puntito encarnado que brillaba en determinado lugar de la pared— no supo de qué parte provenía.

La luz encarnada procedía de una bombillita situada en el dintel de una poterna. Debía ser la de un compartimiento estanco. La luz debía servir para indicar algo. Que estaba abierto por el exterior, sin duda de ninguna clase.

Prosiguió caminando y no tardó a pararse. Había llegado frente a otra bombilla, pero apagada, que era lo que andaba buscando: otro compartimiento estanco, cerrado.

—¿Dónde guardarán las escafandras? —pensó, temiendo que por falta de una no le fuera posible marcharse del platillo volante.

Instantáneamente recordó la que acababa de descubrir bajo el

sillón del piloto.

Procurando siempre hacer el menor ruido posible, retrocedió por el pasillo. Una puerta, que a la ida le había pasado desapercibida, le llamó la atención.

—Quizá aquí… —pensó, esperanzado.

Y la empujó, La puerta, que era una puerta vulgar, se abrió. Apretando la tapa del prisma, se coló, enarbolándolo en el interior de la estancia.

No. Allí no encontraría escafandras. Aquello era el comedor. Estaba vacío.

Sobre una mesa vio seis cubiertos.

— ¡Seis, tripulantes! —se dijo—. El individuo gigantesco, uno, el de la lata, dos; el que ha hablado, tres; el que no ha dicho ni pío, cuatro; el piloto, cinco. Cinco… ¡Y Bukhari, seis! ¡No queda ni uno sano! ¡Tengo que largarme cuanto antes al «iPowerful»! ¡Este artefacto debe ir a la deriva!

Sin preocuparse ya del ruido que pudiera hacer, salió corriendo de! comedor y marchó en busca del túnel recto por el cual subió hasta la cúpula, en donde cogió la escafandra del piloto y sin tomar aliento volvió a lanzarse túnel abajo.

Nunca supo si había usado el mismo compartimiento estanco que descubriera al principio u otro semejante. Sólo supo que, cuando le echó la vista encima a una de aquellas bombillitas encarnadas que no lucía, después de ponerse la escafandra y de dar gracias a Dios por haber hecho que careciera de tornillos atrás —seguramente a causa de que los equipos estaban concebidos teniendo en cuenta la emisora de la espalda, que llevaban debajo—, maniobró en la poterna del compartimiento y lo abrió de par en par.

Algo así como un torpedo con una rueda en la parte superior, que estaba atravesado en el suelo de la semioscura habitación, por poco le hace caer al tropezar con él.

— ¡El transbordador! —pensó, al ver la rueda, mientras cerraba la poterna—. Parece muy pesado. Puede que, después de todo, no consiga sacarlo.

Atravesó el compartimiento, cerrada ya la poterna, y comenzó a abrir la escotilla. No desperdiciaba ningún movimiento. Con sus enguantadas manos hacía girar vertiginosamente las ruedecitas que

desprenderían la resistente plancha metálica que la cubría. Y cuando ésta cayó hacia adentro, el intenso azul del espacio pareció introducirse por el hueco.

Llegó entonces James Archilbald Randolph al transbordador y, bien que mal, logró sacarlo fuera. Allí, en pleno vacío, arrastró el pesado cilindro con relativa facilidad.

Se daba toda la prisa que podía. Estaba seguro de que el platillo no podría mantenerse mucho rato sin gobierno. Sin saber qué, sabía que tenía que pasar algo.

Se hallaba ya al alcance de la barra de la antena, que se mantenía en la forma que ya sabemos, y enganchó en ella la rueda del transbordador, una rueda con la llanta excavada, como la de las poleas.

Estudió un instante el chato torpedo. Era como un recipiente de aire comprimido. Aunque carecía de manómetro, tenía su espita y todo.

En seguida comprendió. Subiéndose a caballo en él, saludando al «Powerful» con la elegancia que pudiera haberlo hecho el más fino de los «cowboys», abrió luego el grifo.

Un chorro de gas verde surgió como una cinta de la popa del aparato, y el príncipe —aun comprendiendo que allí era imposible —, a tal velocidad se deslizó por el carril que se extrañó de no sentir en su cuerpo el azote del viento.

Detuvo el transbordador un momento antes de que chocara con el que había delante y, pasando por éste, pisó, por fin, el fuselaje de su astronave.

George Prone y Trevor Diaper —inconfundibles, a pesar de los equipos grises, por ser altos y muy desgarbados— se acercaban... Traían sendas pistolas desintegradoras en sus diestras... No se fiaban del hombre que llegaba con el equipo negro.

El príncipe caminó hacia ellos y los ingenieros vacilaron. Por último, los dos a una, guardándose las armas, corrieron a abrazar a James Archibald Randolph, quien correspondió y abrazó también a sus amigos.

Y los tres juntos, lamentando no poder cambiar impresiones todavía, anduvieron hacia la escotilla, en cuyo interior, a medias asomado, estaba McDonald Whelding.

Sin tener en cuenta para nada el negro equipo, en esta ocasión

no tuvo el general inconveniente en dar al príncipe de Cracotania el cordial abrazo de bienvenida que pensaba

— ¡Tenemos... recogido a un hombre que habla en suaheli, Alteza! —le dijo, nerviosamente, sin que se hubieran quitado por completo las escafandras aisladoras—. Le he interrogado y dice que proceden de África. ¡Que es un «bwana» de la Montaña Maldita!

—¿Un hombre blanco de la Montaña Maldita?... ¡Bah! No puede ser, general. Recuerde que estuvimos en ella y que no hallamos huellas de que estuviese habitada. Lo que nos contaron los aterrorizados indígenas de las tribus limítrofes no pasaba de ser un mito.

—Vivían en el interior de la montaña —explicó Diaper—. Y parece ser que allí es donde han fabricado el platillo.

—Un subterráneo en plena selva africana es un excelente escondite, lo reconozco. Pero creo que indisponer de energía...

Míster Whelding, aunque no lo tenía por costumbre, interrumpió al príncipe.

—¡Dice que la Montaña Maldita es un yacimiento de uranio! :—exclamó.

—Siendo así... —murmuró Su alteza, encogiéndose de hombros y echando a andar por el pasillo que conducía al puente de mando. Y preguntó seguidamente—: ¿Por qué razón hablan en suahelí?

George Prone dio un bufido.

—Por costumbre —respondió—. Dice que llevan ciento ochenta años viviendo en África y que se han olvidado de su propia lengua.

—Asegura que tiene doscientos once años ——dijo Trevor Diaper—. Han descubierto el suero de la eterna juventud.

—¿No estarán locos?

—¿Locos? No lo creo. La sola existencia del platillo bastaría para demostrar lo contrario. Pero es que, además, han realizado otro descubrimiento, no menos maravilloso que el suero y la nave, con el que piensan adueñarse de la Tierra y cuya eficacia han estado ensayando con nosotros: El de los campos artificiales de atracción radiactiva. A eso venía el «mozo», a comprobar los efectos.

—Ya que lo tenemos aquí —habló James Archibald Randolph. a la puerta del puente—, evitaremos la calamidad que se cierne sobre la Tierra haciéndole que nos cuente si hay más...

—¡Ja, ja, ja...! —oyóse reir al tripulante del platillo, que estaba

sentado en un rincón, sobre la lona que le había echado Grudge por encima a su llegada, vestido sólo con los pantalones del equipo gris del príncipe—. ¡Hay más! ¡Mucho más! ¿Han oído hablar de la teletransmisión de energía nuclear?

No contestó nadie. El hombre, a quien encañonaba Grudge con una pistola desintegradora, tenía en sus azules pupilas un brillo extraordinario.

—Alcáncenme la emisora portátil —pidió, como sin dar importancia a la petición—. Desearía informar a mis amigos...

Trevor Diaper se la alcanzó.

—¡Se está poniendo vertical el carril del transbordador! —gritó Prona, en el mismísimo instante en que el hombre tocaba la emisora.

— ¡No importa! —gruñó éste——. ¡Vean la teletransmisión nuclear!

Y apuntó al exterior con un dedo.

El platillo volante que seguía a la vera del «Powerful» sin disminuir la velocidad, sufrió como un estremecimiento y, de repente, cuando nadie estaba pensando —en semejante cosa, estalló en el centro de una roja llamarada intensísima, que coloreó siniestramente el éter azul.

Después, alargándose los gases resultantes de la explosión a medida que el «Powerful» los dejaba atrás, semejaron un blanquísimo velo con el que se cubrían las estrellas.

El príncipe, deslumbrado, miró parpadeando al hombre del rincón y lo vio inmóvil y con la cabeza extrañamente caída sobre el pecho.

—¿Está muerto? —exclamó, boquiabierto, haciendo que todos se volvieran.

Diaper se agachó y le puso una mano a la altura del corazón.

—En efecto —aseguró poco después, incorporándose—. Ha pasado a mejor vida. Aunque nosotros no lo hemos notado, gracias a los equipos aisladores, el pavoroso estallido ha originado dentro del puente una onda explosiva que él no ha podido resistir.

A lo lejos, empequeñeciéndose con aterradora celeridad, el velo blanco terminó por hacerse invisible. Pero aún estaría flotando en el vacío durante algún tiempo.

FIN

El múltiple universo que hoy empiezan a ver los científicos de todo el Mundo desfilará, como una cinta alucinante, ante los ojos de nuestros lectores.

CUARTA DIMENSION

es el título y el tema de esta novela, que asombrará tanto por su valor científico como por la emocionante aventura en que va envuelto su tema apasionante.

CUARTA DIMENSION

La EDITORIAL VALENCIANA ha elegido esta novela del PROFESOR HASLEY, cuya fácil y sencilla descripción de los más arduos problemas que hoy preocupan al mundo científico llegará a todos los lectores, haciendo desfilar ante sus ojos una posibilidad que supera, con mucho, a la más desbordada fantasía.

Uno de los problemas más apasionantes que conmueven a nuestro Mundo es el motivo de la nueva novela del

PROFESOR HASLEY

que les ofrecerá en el próximo número de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** *pesetas.*